

JUAN CALVINO

su vida y obra
a 500 años de su nacimiento





JUAN CALVINO

Su vida y obra
a 500 años de su nacimiento



Nota introductoria y selección de
Leopoldo Cervantes-Ortiz



Editorial CLIE
www.clie.es





JUAN CALVINO:
su vida y obra a 500 años de su nacimiento

© EDITORIAL CLIE
CLIE, E.R. nº 2.910-SE/A
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>

Copyright © 2009 Leopoldo Cervantes-Ortiz
Copyright © 2009 Editorial CLIE

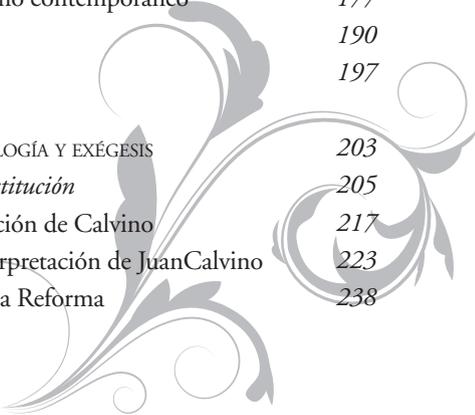
ISBN: 978-84-8267-548-0

Impreso en Colombia / *Printed in Colombia*

Clasifíquese:
0850 BIOGRAFÍAS:
Reformadores
CTC: 02-11-0850-06
Referencia: 224705

CONTENIDO

Nota introductoria	7
I. ASPECTOS INTRODUCTORIOS	9
Eberhard Busch, ¿Quién es y quién fue Calvino? Interpretaciones recientes	11
Salatiel Palomino López, Herencia reformada y búsqueda de raíces	23
Mariano Ávila Arteaga, Vigencia de la cosmovisión calvinista para la Iglesia y el mundo de hoy.	35
Alexandre Ganoczy, Calvino y la opinión de los católicos de hoy	45
II. BIOGRAFÍA	53
Denis Crouzet, Ausencias	55
Alexandre Ganoczy, La vida de Calvino	67
Lucien Febvre, Una puntualización. Esbozo de un retrato de Juan Calvino	87
Émile Leonard, Calvino, fundador de una civilización	105
Marta García Alonso, ¿Quién fue Calvino?	133
William J. Petersen, Un amor que parecía ser: el extraño romance de Juan Calvino e Idelette de Bure	137
Irena Backus, Mujeres alrededor de Calvino: Idelette de Bure y Marie Dentière	142
III. PANORAMAS GENERALES	155
Wilhelm Dilthey, Juan Calvino y la <i>Institución de la Religión Cristiana</i>	157
John H. Leith, Fe y tradición	169
José Luis L. Aranguren, Calvino y el calvinismo contemporáneo	177
Uta Ranke-Heinemann, El deseo de Calvino	190
Bernard Cottret, ¿Calvino fue calvinista?	197
IV. INSTITUCIÓN DE LA RELIGIÓN CRISTIANA, TEOLOGÍA Y EXÉGESIS	203
B. Foster Stockwell, Historia literaria de la <i>Institución</i>	205
Uta Ranke-Heinemann, La doble predestinación de Calvino	217
Alberto F. Roldán, El libre albedrío en la interpretación de Juan Calvino	223
Alfredo Tepox Varela, Calvino, el exegeta de la Reforma	238



V. LA ÉTICA CALVINISTA	257
Jürgen Moltmann, La ética del calvinismo	259
André Biéler, El dinero y la propiedad	270
Karl Barth, El gobierno y la política	283
Eliseo Pérez Álvarez, La ética calvinista	292
Michael Walzer, El calvinismo	314
VI. SERVET Y LAS REFORMAS RADICALES	329
Esperanza Plata García, Calvino y el caso Servet	331
Ángel Alcalá, Introducción a <i>Treinta cartas para Calvino</i> (fragmentos)	340
George Williams, Calvino y la Reforma radical	350
VII. ÁMBITOS DE INFLUENCIA	393
Aristómeno Porrás, Calvino y la cultura occidental	395
J.C. Coetzee, Calvino y la educación	402
Juanleandro Garza, La ciudad de Calvino	421
Rosa Regàs, La religión: la ciudad de Calvino	428
VIII. OTROS CONTEXTOS	435
Gabriel Vahanian, Calvino y la muerte de Dios	437
Francis Fukuyama, El manifiesto calvinista	457
Alfonso López Michelsen, Nuevo prólogo a <i>La estirpe calvinista de nuestras instituciones políticas</i>	461
Allan L. Farris, Antecedentes de una teología de liberación en la herencia calvinista	467
Rubén Rosario Rodríguez, Calvino o el calvinismo: reclamando la tradición reformada para América Latina	477
EPÍLOGO. Omar Pérez Santiago, El Evangelio según san Borges	513
Procedencia de los textos	521

Nota introductoria

El 500° aniversario del natalicio del reformador francés Juan Calvino marca una fecha importantísima en el devenir de la cristiandad mundial. El impacto del pensamiento calviniano sigue apreciándose en muchas áreas del quehacer humano, con todo y que la tradición reformada presenta muchas y muy variadas manifestaciones por todas partes. No obstante esta influencia tan reconocida, en el mundo de habla hispana es muy escaso el número de obras sobre Calvino y las que hay no encuentran suficiente difusión en las instituciones de educación teológica. Asimismo, resulta lamentable el abismo existente entre éstas y las comunidades, motivo por el cual, en buena parte de las iglesias que reivindican su legado se desconocen los alcances sociales y culturales de su obra. La actividad que desarrolló en Ginebra, la ciudad que lo acogió y en donde pudo desarrollar sus ideas sobre la Iglesia y la sociedad, no se conoce suficientemente, lo que ocasiona que se acepten, en general, muchas de las caricaturas y deformaciones de que es objeto.

En algunos sectores protestantes latinoamericanos todavía se asocia la figura de Calvino a una serie de ideologías ligadas al conservadurismo eclesial y teológico. La imagen transmitida por ciertas tendencias misioneras de antaño hicieron que se perdiera de vista su perfil ecuménico y de diálogo con las demás tradiciones cristianas. De ese modo, tienen mucha difusión los debates acerca de la muerte de Miguel Servet y la influencia de Calvino en el surgimiento del llamado “espíritu capitalista”, entre otros aspectos, lo que contribuye a que, al interior mismo de las iglesias se le vea como una persona intolerante, fanática y autoritaria. Esto no excluye que, en efecto, se analicen también con objetividad histórica sus errores y excesos. Algunos investigadores ajenos a la experiencia eclesial han demostrado la validez y trascendencia de Calvino y la tradición reformada en la conformación de instituciones y mentalidades vigentes hasta la actualidad. En el terreno político, por ejemplo, es muy relevante enfatizar la relación entre esta tradición teológica y el surgimiento del concepto moderno de democracia.

La presente antología de textos sobre la vida y obra de Juan Calvino es el resultado de varios años de investigación personal y colectiva. Procede, en lo fundamental, de los cursos de Teología Reformada ofrecidos entre 1989

y 1997 en una institución presbiteriana de la Ciudad de México. Ante cada nueva oportunidad de exponer frente a un grupo las bases históricas, culturales y religiosas del pensamiento calviniano, aparecían textos críticos en los lugares más inesperados. El criterio general de selección de estos capítulos de libros, artículos, ensayos, reseñas y notas sueltas es la seriedad en el análisis y su pertinencia para el debate actual en nuestro continente. Se incluyen varios textos escritos originalmente en castellano, pero no se ignoran las aportaciones procedentes de otros idiomas que se han establecido sólidamente con el paso del tiempo, especialmente las que representan horizontes críticos amplios.

Debo expresar mi más profunda gratitud a quienes me iniciaron en la pasión por la Reforma y Calvino y a quienes contribuyeron después con nuevos insumos y perspectivas. Sus nombres son: Ángel Reynoso, Mariano Ávila, Salatiel Palomino, Samuel Trujillo (†), Abel Clemente, José Luis Velazco y Eliseo Pérez-Álvarez. Su amistad y simpatía incondicionales han acompañado el fervor y la dedicación a este tema. En años recientes, los amigos Odair Pedroso Mateus, Germán Zijlstra, Eduardo Galasso Faria, Zwinglio M. Díaz, Gonzalo Balderas, Alicia Mayer y Rubén Arjona, además de una nueva generación de estudiantes entusiastas, han expresado su interés en el trabajo llevado a cabo. Odair, en particular, desde la Alianza Reformada Mundial, y Germán desde la Alianza de Iglesias Presbiterianas y Reformadas de América Latina (AIPRAL). Desde España, Ignacio Simal (*Lupa Protestante* y Ateneo Teológico) ha sido el cómplice ideal para estas y otras aventuras teológicas y editoriales, y Pedro Tarquis, quien abrió su espacio periodístico (*Protestante Digital*) para promover todo lo relacionado con Calvino. Este recuento de gratitudes estaría incompleto si no se mencionara a Lukas Vischer (†) y Serge Fornerod, de la Federación de Iglesias Protestantes Suizas, quienes estimularon, y lo siguen haciendo, la participación en las actividades internacionales de celebración del Jubileo de Calvino.

Leopoldo Cervantes-Ortiz
Mayo de 2009

I

ASPECTOS INTRODUCTORIOS





¿Quién es y quién fue Calvino? Interpretaciones recientes

Eberhard Busch

I. Interpretaciones anteriores

uando miramos atrás en cuanto a las interpretaciones de Calvino de 100 años para acá, encontramos una amplia variedad de puntos de vista, si bien han definido durante décadas la apreciación de este reformador. Según Albrecht Ritschl, Calvino confundió y combinó la diferenciación luterana entre la Iglesia como agente de gracia y el Estado como agente de la “ley y el orden”. Así, Calvino pudo haber dicho algo impensable para los luteranos alemanes, esto es, que cada persona es igual ante la ley y que el derrocamiento de los tiranos por parte del pueblo es legítimo.¹ Más recientemente, en 1940, Dietrich Bonhoeffer repitió esta afirmación en su *Ética*.² En contraste, Jacob Burckhardt, el historiador de la cultura, en Basilea, señaló: “La tiranía de un solo hombre nunca fue promovida mejor que por Calvino, quien no sólo hizo de sus convicciones privadas una ley general y oprimió o confinó las demás opiniones sino que también insultó a todos constantemente considerando los asuntos más inocentes de prueba (*taste*)”.³ Siguiendo esta línea, el poeta Stefan Zweig utilizó, en 1937, esta caracterización de Calvino para acusar a Adolfo Hitler de ser un hombre satánico.⁴ Incluso Karl Barth escribió que, al considerar a Calvino vienen a la mente palabras como tiranía y fariseísmo. “A ninguno de nosotros... le gustaría haber vivido en esta santa ciudad [Ginebra]”.⁵

Las tesis ampliamente difundidas de Max Weber acerca de que Calvino fue uno de los pilares del capitalismo fue repudiada por Ernst Troeltsch antes



1. A. Ritschl, *Geschichte des Pietismus*. Vol. I, Bonn, 1880, pp. 61-80.
2. D. Bonhoeffer, *Ethik*. Munich, 1958, p. 43.
3. Cit. por Kaegi, Jacob Burckhardt. Bd. 5, 1973, p. 90.
4. S. Zweig, *Castellio gegen Calvin oder ein Gewissen gegen die Gewalt*, 1936.
5. K. Barth, *Die Theologie Calvins*, 1922. Zürich, 1993, p. 163.

de que lo hiciera André Biéler.⁶ Según Troeltsch, fue más bien el caso del “socialismo religioso”, a comienzos del siglo XX, que surgió dentro de la tradición reformada, siguiendo los pasos de Calvino, muy diferente del luteranismo conservador y antidemocrático.⁷ En contraste con Troeltsch, Charles Hodge en Princeton, vio a Calvino como un representante de la doctrina luterana de “los dos reinos”. Pensaba que la Iglesia como tal no tenía nada que ver con asuntos seculares. Esto fue verdad incluso si, continúa Hodge, los políticos no silencian a los representantes de la Iglesia, cuando ellos dan testimonio de la verdad y la ley de Dios.⁸ De la misma manera, el holandés Abraham Kuyper declaró que por un lado el calvinismo distinguió fuertemente entre la Iglesia y el Estado, incluso en la cultura, pero por otro lado afirmó que ambos están directamente sujetos al gobierno divino.⁹ Lo que es verdad en la mayoría de estas interpretaciones es que todas hablan más generalmente del llamado calvinismo que de Calvino como tal o, como señaló Stanford Reid en 1991, hablan frecuentemente de Calvino, “sin tomarse la molestia de observar que dijo él realmente”.¹⁰

II. El núcleo de su teología

Probablemente sea cierto que cada época influye en los resultados de la investigación a la hora de formular preguntas. Pero uno debe decir, también, que los estudiosos de décadas anteriores “han hecho grandes esfuerzos” para escuchar cuidadosamente “lo que realmente dijo Calvino” dentro del horizonte de la Reforma, inicialmente en Francia y Ginebra. Esto ha tenido como resultado una mayor comprensión del hecho de que la Reforma de la Iglesia no debe medirse solamente por la figura de Lutero, como se hacía antes, sobre todo en Alemania. Ha quedado cada vez más claro que la formulación de la doctrina de la justificación no es la única diferencia decisiva entre la Reforma Protestante y el catolicismo romano. Esto debe afirmarse



6. E. Troeltsch, *Gesammelte Schriften*. Tübingen, 1912, vol. I, p. 713. Sobre Biéler, véase la nota 63.

7. *Ibid.*, p. 721.

8. C. Hodge, *Discussions in Church Policy*. Nueva York, 1878, pp. 104-106.

9. A. Kuyper, *Calvinism. Six Stone Lectures* (1898). Grand Rapids, 1931.

10. W. Stanford Reid, “Early critic of capitalism” (II), en R. Gamble, ed., *Articles on Calvin and Calvinism*. Vol. 11. Nueva York-Londres, 1992, p. 169.

aun cuando Calvino ciertamente enseñó la justificación por la gracia sola, mientras, para estar seguro, insistió más que el luteranismo de su época en que la justificación y la santificación son inseparables. Al hacer eso, enfatizaba lo escrito en I Corintios 1.30: “Cristo Jesús nos es hecho sabiduría, justicia, santificación y redención”. Demostró, además, qué tan pura era su exposición de la doctrina de la justificación en 1547 en que fue la primera, en el ámbito protestante, que se diferenció de la doctrina propuesta por el Concilio de Trento, la cual era en sí misma una declaración sustantiva. Sus comentarios no se publicaron en el momento, aunque él estaba bien informado no sólo sobre el texto del Concilio sino también acerca de las discusiones conciliares. Este material no apareció en traducción alemana hasta la edición de estudio de Calvino en 1999. Como ha mostrado Anthony Lane, Calvino participó en la preparación del Concilio de Trento, especialmente en la reunión de Regensburg entre teólogos protestantes y católicos, cuya primera sesión estuvo dedicada al tema de la justificación.¹¹ Y las discusiones van más allá entre los intérpretes de Calvino acerca de los alcances de esta participación en términos del entendimiento común posible entre ambas confesiones en cuanto a la afirmación paulina de Gálatas 2.6, según la cual la fe justifica sin las obras y Gálatas 5.6, sobre las obras de la fe mediante el amor.

En cualquier caso, Calvino establece su doctrina de la justificación sobre la base de la Reforma Protestante. No obstante, la diferencia decisiva con Roma se encontraba, para él, en otro aspecto. Bernard Cottret escribe en su biografía de Calvino, publicada en 1995 en París, que el llamado episodio de los panfletos (*placards*) a fines de 1534 en París representó para Calvino el punto de ruptura. Estos panfletos, colocados en varios lugares, dirigían una fuerte crítica a la misa católica basándose en la carta a los Hebreos: Cristo es el único mediador y el único sacerdote; mediante su sacrificio único transforma en ilusoria la dignidad sacerdotal de los oficiales eclesiásticos humanos, algo central para el pensamiento católico.¹² Este contraste fundamental fue grabado en la mente de Calvino cuando el rey



11. *Calvinus Praeceptor Ecclesiae. Papers of the International Congress on Calvin Research*, Princeton, 20-24 de agosto de 2002, ed. Por H. Selderhuis, Ginebra, 2004, pp. 233-264.

12. B. Cottret, *Calvin. Biographie*. París, 1995. En alemán: Stuttgart, 1995, p. 109. Español: Madrid, 200.

Francisco I preparó una procesión a lo largo de París, y al mismo tiempo eran “sacrificados” algunos “herejes”, es decir, fueron asesinados por oponerse a la doctrina del sacrificio.¹³ Al procesar todo esto, Calvino no optó por el servicio de predicación medieval como hizo Zwinglio, ni la liturgia dejó de tener importancia para él. Asimismo, como ha mostrado recientemente Christian Grosse, comenzó a desarrollar una liturgia siguiendo el modelo de la iglesia antigua.¹⁴ Como su centro es el Espíritu Santo “nos” comunica en la Cena del Señor la reconciliación con Dios mediada por Cristo, y en gratitud por ello, “nosotros” testificamos en el mismo evento que somos su comunidad. Calvino, el cuestionado soberano todopoderoso de Ginebra, no fue capaz, sin embargo, de persuadir al gobierno de la ciudad para que, según su profunda convicción, la Cena del Señor se realizase en cada servicio divino, acompañada por oraciones públicas (esto es, el Salterio) y la interpretación de la Sagrada Escritura (no como varias perícopas seleccionadas de la Biblia, sino como *lectio continua*, exposición de todos los libros de la Biblia).¹⁵

El volumen de discusión dedicada a la correcta comprensión de la eucaristía en la primera edición de la *Institutio Christianae Religionis* de 1536 muestra que este fue, en ese momento, el punto más importante de controversia con la iglesia católica. En la última edición de la *Institutio* en 1559, la cual creció bastante, la crítica se amplía a la disputa sobre la comprensión de la Iglesia, y de ella se ocupa en una tercera parte de toda la obra. Uno podría decir que este es el tema de la segunda generación de reformadores. Incluso si Wilhelm Neuser está en lo cierto cuando afirma que la composición y estructura de las cuatro partes en la edición de 1559 es confusa en el detalle,¹⁶ es muy claro, en mi opinión, que Calvino en las tres primeras partes desea hablar de Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y que en la extensa cuarta parte se ocupa de la Iglesia, la cual es parte de los medios externos mediante los cuales Dios nos introduce a la fraternidad



13. B. Cottret, *op. cit.*, p. 114.

14. *Calvin-Studienausgabe*. Ed. E. Busch, C. Linke. Vol. 2. Neukirchen-Vluyn, 1997, pp. 137-225.

15. C. Grosse, “Dogma und Doctrina bei Calvin”, en *Calvinus Praeceptor*, nota 11, pp. 189ss.

16. W.H. Neuser, “Einige Bemerkungen zum Stand der Calvinforschung”, en *Calvinus Praeceptor*, nota 11, p. 189.

con él y con los demás. En esta parte de su libro Calvino discute ampliamente la doctrina católico-romana de la Iglesia. Resulta excitante que él trabaje el mismo material usado por su contraparte, aunque interpreta el material de manera distinta en los aspectos formales y sustantivos. Aborda aquí la sustancia de la doctrina católica sobre la Iglesia, para demostrar que esta doctrina ya no puede justificar el sistema papal de organización.¹⁷ No me parece que podamos encontrar una contribución sustantiva a este problema en el luteranismo de esa época. Para Calvino, éste *era* un asunto fundamental.

Según el punto de vista común católico y calvinista, Cristo es el mediador entre Dios y la humanidad mediante un triple oficio, esto es, sacerdote, rey y profeta. Pero, a diferencia del punto de vista católico, Calvino subraya que Cristo está vivo y, por ende, él no ha cedido ninguno de sus oficios a las instituciones eclesiales ni intenta hacerlo. Su relación con la Iglesia es como la de la cabeza con el cuerpo y no existen cabezas sustitutas. Sólo él gobierna la Iglesia y ésta es una comunidad de hermanos y hermanas, conectados todos con él y entre sí con un mutuo intercambio, tal como lo expresa el *Catecismo de Ginebra* de 1545.¹⁸ Cada miembro participa de la cabeza, pero como un miembro más de su cuerpo. Todos los cristianos participan sin la mediación de sacerdotes humanos, directamente por la fe en Cristo, como declara la *Segunda Confesión Helvética* (1566).¹⁹ De esta manera, todos los creyentes participan en los tres oficios de Cristo por la fe,²⁰ y muestran esto en su actividad confesante, como dice Zwinglio en su Declaración de Fe de 1530.²¹ Los líderes humanos de la comunidad eclesiástica son solamente miembros del cuerpo de Cristo, también, y no cabezas de la Iglesia. Muestran esto, además, en que los tres oficios bajo su liderazgo son distribuidos en diferentes personas que dirigen colectivamente a la Iglesia. Así, esos oficios, que son ejercidos por el gobierno de la Iglesia, reciben un nuevo sentido en contraste con la



17. Cfr. Tim George, ed., *Calvin and the Church. A Prism of Reform*. Louis Ville, 1990; y St. Scheld, *Media Salutis. Zur Heilsvermittlung bei Calvin*. Wiesbaden, 1989 (Veröff d. Institut für Europe Geschichte. Mainz, vol. 125).

18. J. Calvino, *Catechism of Geneva*, preguntas 34-45.

19. H. Bullinger, *The Second Helvetic Confession*. Zúrich, 1966, cap. 5.

20. *Catecismo de Heidelberg*, pregunta 31.

21. E.F.K. Müller, *Die Bekenntnisschriften der reformierten Kirche*. Leipzig, 1903, pp. 85, 11f.

iglesia católico-romana. Los pastores corresponden a la enseñanza profética de Cristo y ellos no son todos sacerdotes, en lo que quizá es la divergencia más profunda con la perspectiva católica. Los ancianos corresponden al oficio real de Cristo, pues tienen la tarea de dirigir la comunión y llevar a cabo la cura de almas, pero no son los soberanos de la Iglesia. Y el servicio de los diáconos hacia los pobres corresponde al oficio sacerdotal, el cual Cristo cumplió de una vez por todas en la cruz.

Pero la investigación actual sobre Calvino escasamente trabaja la cuestión en la que el reformador encontró la principal diferencia con el catolicismo de su época, aunque pienso que su punto de vista es todavía muy importante hoy, cuando los pastores reformados parecen desempeñar el papel de sacerdotes, mientras que los luteranos están un poco en aprietos debido a que su concepto de justificación ya no se encuentra separado del católico. No estoy diciendo con ello que la doctrina sobre la Iglesia fue el centro de la teología de Calvino. Preferiría describir el centro de su teología con la tesis que expone en su comentario a Jeremías: *Ubi cognoscitur Deus, etiam colitur humanitas*, es decir, “Adonde Dios es tomado en serio, allí hay una preocupación por la humanidad”.²² Esta afirmación muestra puntualmente la preocupación de Calvino contra la tendencia de la teología luterana de olvidar la diferenciación entre la deidad de Dios y nuestra humanidad, a causa de la deidad y humanidad de Cristo, en vez de colocar esta diferencia en preeminencia.

III. Ediciones

Pese a todas las apariencias, la investigación actual sobre Calvino no está trabajando tales cuestiones fundamentales. Para decirlo positivamente: la investigación está comprometida fuertemente con la intención de descubrir un Calvino nuevo, y uno podría decir que lo está haciendo en múltiples pasos pequeños. Lo primero y fundamental, e incluso estrechamente relacionado con esto, es publicar todos los textos de Calvino, incluso los inéditos, y hacerlos accesibles a todos. Es verdad que textos no muy importantes no han sido impresos desde el siglo XVI, o que los divulgados desde Leiden en el



22. *CO*, 38, p. 388.

siglo XVII no han sido reeditados, o nunca se imprimieron del todo. Aparte de la *Institutio*, disponible en diversas ediciones, existen muchos textos que fueron publicados en los siglos XIX y XX en el idioma original o en traducciones: comentarios bíblicos, cartas y también documentos polémicos. La publicación más importante y voluminosa es la *Calvini Opera*, iniciada en 1887, en 59 volúmenes, en su idioma original. Después apareció la edición pequeña, *Calvini Opera Selecta*, editada por Peter Barth y Wilhelm Niesel, entre 1929 y 1936. Pero en las ediciones más viejas había a veces lagunas, mientras que algunas ediciones tenían deficiencias científicas, como la de comentarios bíblicos en latín de August Tholuck, de mediados del siglo XIX. Están apareciendo nuevas ediciones que intentan, por un lado, ofrecer textos científicamente bien hechos y, por otro lado, llenar lagunas. Para el seguimiento de las nuevas ediciones es indispensable el libro de Michael Bihary, *Bibliographia Calviniana. Calvins Werke und ihre Übersetzungen*. Praga, 2000.

Una ausencia notable ha sido cubierta desde 1961 por la colección titulada *Supplementa Calviniana. Sermons inédits*. Dicha colección planea presentar 600 sermones inéditos, pues, de hecho, Calvino predicó alrededor de 2400 sermones.²³ Esta edición comprenderá aproximadamente 15 volúmenes. Cada sermón ocupa 10 páginas escritas en francés antiguo, y demuestra cómo trabajó Calvino la interpretación de las Escrituras en la Cristiandad antigua, en la iglesia medieval y en la exégesis judía.²⁴ En cuanto a sus comentarios bíblicos en el idioma original, aún dependemos de la *Calvini Opera*, con más de un siglo de antigüedad, la cual está siendo reeditada: los textos básicos son la última edición de cada obra impresa en vida de Calvino o la última versión examinada por él. La *Ioannis Calvinii Opera Omnia*, publicada en la Librarie Droz de Ginebra, editada por ocho prestigiados calvinólogos, fue enriquecida con referencias literarias y notas. Hasta ahora han aparecido ocho volúmenes. Contiene también la edición del *Comentario a los Romanos* del investigador inglés Thomas C.H. Parker. Se trata del comentario que elaboró Calvino con sumo cuidado en Estrasburgo en 1539, que revisó en 1551 en Ginebra: es decir, su primer comentario bíblico.



23. J. Calvino, *Predigten über das 2. Buch Samuelis*. H. Rückert, ed., Neukirchen, 1936-1961 (*Supplementa Calviniana. Sermons inédits*. Vol. I) p. XIII.

24. *Op. cit.*, XXXII.

En vista de la dificultad que tiene mucha gente para comprender los idiomas clásicos, no sólo el francés antiguo, pero más aún el latín en que Calvino escribió tan brillantemente, la accesibilidad de sus textos en sus idiomas originales es muy reducida, incluso para estudiosos bien entrenados. El resultado es que esos textos son accesibles sólo para un limitado círculo de expertos. Sería necesario estar muy familiarizados con los idiomas que Calvino dominó para entender su “rico estilo y su refinada argumentación teológica”. Pero esto significa que “quienquiera que desee dejar hablar a Calvino tiene que traducirlo”, como afirma Christian Link en el prefacio a *Calvin-Studienausgabe*, el cual ha editado junto con otros desde 1994. En esta edición, algunas piezas diferentes y representativas de la teología de Calvino, que no habían sido traducidas antes, aparecen en dos idiomas, el original y en alemán. Han aparecido cuatro volúmenes y se espera pronto el *Comentario a los Romanos*. Parece que en el futuro tales traducciones serán más y más necesarias debido al escaso conocimiento de las lenguas clásicas. Las traducciones al inglés están surgiendo también.

IV. Nuevas interpretaciones

Aparte de la gran tarea de publicación de los textos de la que se ocupará la nueva investigación, por otro lado está la producción de una amplia gama de estudios individuales. Peter de Klerk ha hecho una lista de lo publicado desde 1971 en la bibliografía calviniana del *Calvin Theological Journal*. Es sorprendente que mucho de la investigación reciente la mitad de los textos sean notas a pie de página, las cuales con frecuencia se refieren a un gran número de trabajos que no están al alcance del lector. Además, no faltan estudios con tesis específicas que no pueden sostenerse más que como hipótesis. Tres eruditos han presentado un trabajo en el que reclaman que, debido a la falta de documentos su esfuerzo no es más que “un experimento que no responde muchas preguntas”.²⁵ Existen también muchos textos que prueban con dificultad lo ya conocido. Como sucede en otras ciencias, parece que también aquí, más allá del mencionado problema lingüístico, están aumentando los tópicos especializados reservados sólo a grupos muy reducidos de expertos,



25. *Calvinus Praeceptor*, p.142.

mientras que el número de quienes ignoran estas materias aumenta incluso en círculos teológicos medios. No tengo solución para estos problemas, sólo una pregunta que los expertos deben responderse a sí mismos: ¿a quién sirven con su duro esfuerzo? En mi opinión, esto puede ser respondido de manera relevante cuando en su celo por entender a Calvino, ellos se dejan “contaminar” por él, al grado de que piensan, con Calvino, esto es, que comprenden a este falible mensajero que Dios ha colocado ante él y nosotros. *Calvinus Praeceptor Ecclesiae* (Calvino, preceptor de la Iglesia) es el título de la reunión de ponencias de uno de los últimos simposios de calvinólogos. Pero, ¿Calvino fue realmente reconocido y tomado en serio como maestro de la Iglesia?

Pero no resulta agradable interrogar críticamente a la nueva generación de investigadores. Por otro lado, uno tiene que reconocer, respetuosamente, que de este modo, en muchas direcciones y formas, incluso escondidas, Calvino y su mundo son iluminados con una especie de luz distintiva y brillante. Y así es como ese mundo llega hasta nosotros. Vemos a Calvino en sus relaciones con Martín Bucero,²⁶ Bernardo de Clairvaux,²⁷ Melanchthon,²⁸ Lasco²⁹ y sus colegas de Ginebra,³⁰ Agustín,³¹ Pighius,³² o el rey Segismundo Augusto von Polen,³³ y muchos más. Lo vemos también como un joven,³⁴ en



26. Marijn de Kroon, *Martin Bucer und Johannes Calvin. Reformatorische Perspektiven. Einleitung und Texte, aus dem Niederl.* H. Rudolph, Göttingen, 1991.

27. Anthony N.S. Lane, *Calvin and Bernard of Clairvaux*. Princeton, 1996 (Studies in Reformed Theology and History, N.S. 1).

28. Barbara Pitkin, “Redifining Repentance: Calvin and Melanchthon”, en *Calvinus Praeceptor*, pp. 275-285

29. W. Janse, “Calvin, à Lasco und Beza. Eine gemeinsame Abendmahlserklärung (mai 1556)?”, en: *ib.*, pp. 209-231.

30. Elsie McKee, “Calvin and his Collegues as Pastors: Some insights into the Collegial Ministry of Word and Sacraments”, en: *ib. cit.*, pp. 9-42; E.A. de Boer, “Calvin and Collegues. Propositions and Disputations in the Context of the Congrégations in Geneva”, en: *ib.*, pp. 331-342.

31. J. Marius J. Lange van Ravenswaay, *Augustinus totus noster. Das Augustinverständnis bei Johannes Calvin*. Göttingen, 1990 (Forschungen zur Kirchen- und Dogmengesch. 45).

32. Harald Rimbach, *Gnade und Erkenntnis in Calvins Prädestinationslehre. Calvin im Vergleich mit Pighius, Beza und Melanchthon*. Frankfurt u.a., 1996 (Kontexte. Neue Beitr. z. Hist. u. Syst. Theol., Bd. 19).

33. Mihály Márkus, “Calvin und Polen. Gedankenfragmente in Verbindung mit einer Empfehlung”, en *Calvinus Praeceptor*, pp. 323-330.

34. Jung-Uck Hwang, *Der junge Calvin und seine Psychopannychia*. Frankfurt u.a. 1990 (Europ. Hochschulschriften, R XXIII, Bd. 407).

sus relaciones con las mujeres,³⁵ los niños y los jóvenes,³⁶ los bautistas³⁷ o con la filosofía griega.³⁸ Obviamente, nos es presentado especialmente como un teólogo y como alguien ocupado con asuntos teológicos tales como la hermenéutica,³⁹ la antropología,⁴⁰ la doctrina de la predestinación,⁴¹ la mediación de la salvación,⁴² la escatología,⁴³ la doctrina⁴⁴ y la oración.⁴⁵

No tenemos que completar la enorme lista de contribuciones. De hecho, todos estos estudios no están completamente de acuerdo con los demás y tampoco se refieren el uno al otro. Sin embargo, podríamos ponerlos juntos como un rompecabezas y así no tendríamos un poco del reformador ginebrino y su trabajo ante nosotros.

Más iluminador que resaltar la literatura sobre Calvino es ahora el hecho de que su imagen y su teología han comenzado a cambiar con la reciente disponibilidad de sus sermones y comentarios bíblicos. Para decirlo de otra manera: mientras que en otras épocas Calvino era visto a la luz de la *Institutio* y en el contexto de estos escritos polémicos, hoy los investigadores comienzan a leerlo principalmente en sus sermones e interpretaciones bíblicas. No tanto el maestro de dogmática, sino el exegeta es quien se está acercando a nosotros. Con todo, no es la *Institutio* sino las interpretaciones bíblicas las



35. Jane Dempsey Douglass, *Women, Freedom, and Calvin*. Filadelfia, 1985.

36. Jeffrey R. Watt, "Childhood and Youth in the Geneva Consistory Minutis", in *Calvinus Praeceptor*, pp. 43-64.

37. Willem Balke, *Calvin und die Täufer. Evangelium oder religiöser Humanismus*. Trad. de H. Quistorp, Minden, 1985.

38. Irena Backus, "Calvin's Knowledge of Greek Language and Philosophy", en *Calvinus Praeceptor*, pp. 343-350.

39. Alexandre Ganoczy y Stefan Scheld, *Die Hermeneutik Calvins. Geistesgeschichtliche Voraussetzungen und Grundzüge*. Wiesbaden, 1983; Peter Opitz, *Calvins theologische Hermeneutik*. Neukirchen-Vluyn, 1994.

40. Mary Potter Engel, *John Calvin's Perspectival Anthropology*. Atlanta, 1988 (American Acad. of Religion Academy Series 52); C. Link, "Die Finalität des Menschen. Zur Perspektive der Anthropologie Calvins", en *Calvinus Praeceptor*, pp. 159-178.

41. Cfr. nota 31.

42. Stefan Scheld, "Media salutis".

43. Raimund Lülldorff, *Die Zukunft Jesu Christi. Calvins Eschatologie und ihre katholische Sicht*. Paderborn, 1996 (Konfessionskundl. u. Kontroverstheol. Studien, Bd. LXIII, J.A. Möhler-Inst.).

44. V.E. d'Assonville jr., "Dogma und Doctrina bei Calvin in einer begrifflichen Wechselwirkung: Ein Seminarbericht", en *Calvinus Praeceptor*, pp. 189-208.

45. Jae Sung Kim, "Prayer in Calvin's Soteriology", en *op. cit.*, pp. 265-274.

que fueron el sujeto de sus conferencias teológicas, rescatadas por amanuenses oficiales, que se publicaron después. La instrucción teológica significaba, para él, exposición de la Sagrada Escritura. Pero lo mismo sucedía con los sermones. Él la presenta como doctrina, la cual, según Víctor d'Assonville, significa comunicación encargada por Dios, para distinguirla del dogma como enseñanza humana.⁴⁶ El sermón y la conferencia no son lo mismo, aunque para Calvino no eran diferentes en principio. Las conferencias eran breves preparaciones para los sermones, en los cuales se expresaba lo mismo pero con más detalle, más ilustraciones, mayormente dirigido todo a los oyentes. Ambos, el sermón y la conferencia se correspondían, según la doctrina de Calvino acerca del oficio profético en la iglesia. Y son justamente estos textos los que recientemente apelan más fuertemente que antes para la comprensión de la teología calviniana. Debido a ello, su enseñanza se presenta a sí misma quizá no de una manera diferente sino de una nueva luz, en una hábil interacción, por un lado, de observaciones que se enfocan precisamente sobre el texto en cuestión y, por otra, en afirmaciones que hablan concretamente a sus oyentes o lectores concretos.

Max Engammare, por ejemplo, se ocupa de trabajar la interpretación que Calvino hizo del Génesis.⁴⁷ Según él, la figura de Abraham es ejemplar y reconfortante para el reformador de Ginebra. Muestra que Calvino se veía a sí mismo y en su vida entera como un refugiado y de esa manera se dirigió al resto de la gente: a los oprimidos en Francia que esperaban el establecimiento del señorío de Cristo en su país; a quienes tenían que dejar sus países de origen a causa de la persecución y a algunos de los que llegaron a Ginebra; y a aquellos que debían aprender los desafíos de la fe a través de estos hermanos y hermanas en la fe. Wilhelmus H. Th. Moehn, en el contexto de su edición de los sermones calvinianos sobre Hechos 1-7, se refirió especialmente a Abraham como “el padre de la iglesia de Dios”.⁴⁸ Moehn, mientras trabajaba este asunto, tuvo en mente la figura de Abraham tal como la entendió Calvino en el Génesis. Según Calvino, Abraham es el



46. Cfr. nota 44.

47. M. Engammare, “Commentaires et sermons de Calvin zur la Genèse”, en *Calvinus Praeceptor*, pp. 107-137.

48. W. Moehn, “Abraham— ‘Père de l’eglise der Dieu’. A Comparison of Calvin’s Commentary and sermons on Acts 7:1-6”, en *Calvinus Praeceptor*, pp. 287-301.

modelo para el camino en el cual la fe verdadera y el discipulado obediente se corresponden de manera inseparable. Y junto con Abraham, Calvino también tuvo en mente el problema del *nicodemismo*, es decir, la actitud de quienes teniendo una fe evangélica niegan su fe para adaptarse externamente a la mayoría con otra orientación. Basado en el hecho de que Abraham vivió entre paganos en Canaán, advierte la tarea de los ginebrinos nativos para “salir”, no de la ciudad o sus vecinos, sino de ellos mismos. Al mismo tiempo, al referirse al cuidado de Abraham sobre su descendencia, Calvino enfatiza que el amor cercano debe expandirse hasta abarcar las generaciones subsecuentes. Veo esta clase de obras como una indicación prometedora de todo lo que vendrá a la luz cuando los sermones y las exégesis de Calvino sean más accesibles.

Versión de Leopoldo Cervantes-Ortiz

Herencia reformada y búsqueda de raíces

Salatiel Palomino López

Nuestra iglesia, como parte del concierto universal de los creyentes en Jesucristo, suele trazar su origen denominacional hasta el movimiento reformador del siglo XVI. Más específicamente se identifica con la rama calvinista de dicho movimiento. De acuerdo con este hecho, la Iglesia Presbiteriana en México pertenece a una gran familia (de más de 60 millones de miembros) esparcida por todo el mundo, la que por más de cuatrocientos cincuenta años ha logrado un impactante testimonio cristiano de características singulares.

La tradición calvinista significó, desde su origen, una transformación profunda de valores, ideales, acciones y formas de vida religiosa, social y cultural que intentaron moldear la existencia comunitaria de acuerdo con la enseñanza del Evangelio. Hubo en los inicios de la Iglesia Reformada una eficacia transformadora que marcó profunda huella en el mundo de la época y contribuyó al surgimiento de un nuevo tipo de sociedad, la sociedad moderna. Por esta razón, ahora que celebramos 450 años de la Reforma en Ginebra y recordamos la obra del gran reformador Juan Calvino, es muy conveniente preguntarnos hasta qué punto, nuestra iglesia en México representa genuinamente los rasgos de la tradición calvinista. Lo más básico y lo más general.

Sin embargo, una de las primeras cuestiones que es necesario considerar es ésta: ¿vale la pena hurgar en el pasado del calvinismo, como si aquel tuviera algún valor para el presente? Después de todo, ¿para qué insistir en “la tradición presbiteriana” como si no fuera esto contra el espíritu cristiano que encuentra solamente en Cristo la totalidad de su ser y de su identidad? o, ¿no es verdad que Cristo no vino a inventar religiones tales como el presbiterianismo, el catolicismo o el pentecostalismo, etcétera?

Por principio de cuentas es necesario afirmar que si hay algo que caracteriza a la tradición calvinista es su cristocentrismo, es decir, su acentuado amor

al Señor y su total dependencia a Él por encima de cualquiera otra autoridad, institución o tradición. La soberanía de Jesucristo, su absoluta finalidad y significación para la vida de la iglesia es el eje central de la identidad calvinista. Tanto en lo doctrinal como en lo práctico, la tradición reformada no conoce otro centro que el que representa su verdadero Señor y Redentor. Él es la fuente y origen de su ser, la fuerza y motivación de todos sus empeños y tareas, el horizonte y estrella que sigue como meta y fin de su peregrinaje. Así que su esencial identidad cristiana está fuera de toda discusión. Todo presbiteriano, antes que nada, aspira, como los discípulos de Antioquía (Hch. 11.26), a ser primeramente reconocido y llamado “cristiano”.

De ahí mismo surge el hecho importante de que el calvinismo no pretende agotar la riqueza del cristianismo en sí solo. Se reconoce simplemente como un miembro de la gran familia de los que confiesan a Jesucristo como Señor y están unidos a Él como su Cabeza y Salvador. En otras palabras, la Iglesia Presbiteriana (así llamada por su forma de gobierno a base de presbíteros o ancianos), también conocida como Iglesia Reformada (por haberse originado en la reforma religiosa del siglo XVI) o Iglesia Calvinista (en atención a su más destacado e influyente fundador), se siente unificada y relacionada con la única, sola Iglesia Universal de Jesucristo; y por encima de su singularidad como fenómeno histórico peculiar conocido como “calvinismo”, proclama la prioridad de la Iglesia Universal sobre las distintas y diversas formas de agrupación cristiana, ramas o denominaciones que han venido dando expresión a la fe cristiana a través del tiempo.

I. Tradición e identidad

Pero una vez que hemos armado los nexos de nuestra forma de vida eclesíástica con la totalidad del cristianismo universal y, por ende, la identidad fundamental de nuestra iglesia, es necesario también decir otra cosa. Esta otra cosa es el hecho de que el cristianismo es y ha sido siempre un fenómeno histórico que se ha dado naturalmente a través de mediaciones históricas, esto es, a través de grupos y formas concretas que obedecen a situaciones, factores y condicionamientos históricos específicos que influyen en sus formas de vida y culto, en sus ideas y principios doctrinales, en su percepción e interpretación de la vida cristiana, y en los demás elementos de su militancia religiosa en

calidad de denominaciones, movimientos o sectas. Dicho en otras palabras, no existe un “cristianismo puro” en la práctica. Ni siquiera sucedió esto en la Iglesia primitiva. Desde entonces podemos observar diferentes formas de expresar el cristianismo. Por ejemplo, el cristianismo de Jerusalén era distinto al de Antioquía. Hubo un cristianismo judaizante, otro internacionalista; un cristianismo al estilo de Pedro y otro al estilo de Pablo; las formas de culto en Siria eran diferentes a las de Corinto. Ciertas costumbres, ideas o formas de vida eclesiástica obedecieron a distintos factores circunstanciales y a la personalidad y estilo de trabajo de los líderes más prominentes. Por supuesto, hay una íntima vena que corre a lo largo de todo el cuerpo de la Iglesia en sus distintas manifestaciones y estilos; a través de ese conducto fluye la gracia divina que alimenta e informa a todo el pueblo de Dios y ello constituye lo esencial, eterno, divino e inmutable del Evangelio; pero esta gracia imperecedera siempre se da en las formas humanas determinadas por factores históricos y circunstancias concretas.

Es precisamente debido a este hecho que se han generado formas muy prominentes de expresión cristiana cuyo impacto en el mundo es sustancial y permanente. Son formas de vida eclesiástica cuya vitalidad y cuyos efectos perduran a través del tiempo con gran influencia, generando así toda una tradición de cultura religiosa y espiritual. A este tipo de notables formas de vida cristiana pertenece la iglesia presbiteriana; a sus formas de desarrollo a través del tiempo se les conoce como la “Tradición Reformada”. Ahora bien, por cuanto los momentos creadores y las épocas originadoras proporcionan todo su perfil y una identidad a los movimientos religiosos, es conveniente recurrir a esos momentos de tiempo en tiempo para recuperar su visión original, sus propósitos y sus metas primitivas, su dinámica interna, su peculiar interpretación de la fe y la vida cristianas a la luz de los desafíos de la época. Esta visitación al pasado donde se gestó toda una tradición suele ser una experiencia vitalizadora y refrescante que puede ayudar a recuperar el ánimo para la lucha y la orientación para el camino. Pero sobre todo, la vuelta a los orígenes es indispensable para el descubrimiento y vigorización de la propia identidad, elemento sin el cual los individuos y los grupos pierden el sentido de su pertinencia y vocación histórica, su actuación se torna ineficaz y su existencia estéril.

Por esta razón es muy necesario hablar y reflexionar acerca de la tradición reformada, corriente de la cual somos parte, subsuelo en el que se hallan

nuestras raíces, fuente de nuestra identidad y de nuestra riqueza espiritual, y no se trata de un nuevo afán de orgullo denominacional, infructuoso y anticristiano, sino de una seria experiencia de orden espiritual de la misma naturaleza de lo que el Apocalipsis llama “el primer amor”, vivencia que suele inspirar formidables transformaciones y necesarias conversiones.

Cuando con buenas intenciones y mucha ingenuidad oímos protestas de algunos hermanos que rechazan lo “presbiteriano”, o lo “calvinista”, o lo “reformado”, como excrecencias inútiles y abogan por un “simplemente cristiano” o un “cristianismo a secas” o muestran un “antidenominacionalismo a ultranza” estamos ante un fenómeno de buena voluntad pero de innegable ignorancia acerca de lo que realmente es la expresión histórica del cristianismo. Tal abstracción (“cristianismo puro”) no existe como fenómeno religioso, sólo como ideal espiritual; porque los cristianos somos seres concretos de carne y hueso, por lo que nuestra vivencia de la fe también resulta ligada a una tradición, es generada por ella o es creadora de otra nueva. Quienes insisten en la línea del rechazo a las expresiones tradicionales del Evangelio, con mucha frecuencia solamente representan la lucha de otras tradiciones en vías de formación que bregan contra el orden religioso existente para poder establecer el suyo, cosa que a veces parece suceder inconscientemente. Detrás de esto existe un fenómeno de falta de identidad y, al mismo tiempo, una búsqueda de identidad a través de una tradición distinta; o sea, se trata de un fenómeno de inmadurez religiosa.

No obstante, al explorar las raíces de nuestra herencia, es conveniente tener en mente lo que decía don Juan A. Mackay: “no se puede ser un buen presbiteriano, si se es un mero presbiteriano”; lo cual implica que la propia identidad es al mismo tiempo afirmación de individualidad y relación de unidad con otros semejantes. Y esto nos llevaría a consolidar la identidad de lo presbiteriano con el propósito de contribuir a la universalidad de lo cristiano de esta tensión entre la identidad propia y la identidad de los demás resulta una dinámica muy fructífera que el cristianismo moderno necesita urgentemente para cumplir cabalmente su misión histórica para con el mundo.

III. Tres rasgos para reflexionar

Ante la imposibilidad de explorar ampliamente la herencia calvinista, en este espacio nos limitaremos a tres rasgos prominentes en ella. No son los

únicos, por supuesto, ni son, tal vez, los más sobresalientes, pero forman parte importante de lo que ha integrado la personalidad reformada a través del tiempo. Aquí los mencionamos para compararlos con nuestra realidad eclesial inmediata, es decir, con la Iglesia presbiteriana en México.

Primeramente hay que hacer referencia a una expresión que describe de manera muy general a la Iglesia presbiteriana. La expresión proviene de *El sentido presbiteriano de la vida*, importante e inspirador libro de Juan A. Mackay, a quien ya hemos mencionado. Él llama a la Iglesia presbiteriana “Un pueblo con mentalidad teológica”. Yo quiero comentar dos cosas contenidas en esta expresión. Por un lado se hace referencia a un profundo sentido de espiritualidad del presbiteriano que encuentra la existencia toda sometida bajo la providencial dirección divina, razón por la cual toda experiencia encuentra su sentido y razón de ser en Dios. Para Calvino, como para el calvinista, Dios es la fuente última de la vida y de la historia y, por tanto, en Él reside la explicación única y profunda de todo cuanto acontece. Por encima, por detrás y por debajo de la experiencia humana, el calvinista encuentra una sabia, bondadosa y soberana voluntad divina que le mueve a confiar y a referir todo a Dios. Por otro lado, esa mentalidad teológica tiene una referencia intelectual. El presbiteriano ha aprendido a “amar a Dios con la cabeza”, en un ejercicio disciplinado de sus facultades intelectuales puestas al servicio del conocimiento de Dios mediante el estudio serio, sistemático y profundo de las Escrituras, las ciencias humanas y la realidad circundante.

Calvino fue un hombre que pensaba en grande. Erasmo de Rotterdam lo consideró el hombre más ilustrado de su época. Por indicaciones familiares, Calvino estudió teología. Posteriormente, también en obediencia a su padre, estudió derecho. Éstas eran las dos grandes profesiones de la época. Pero luego de que murió su padre, Calvino se dedicó a lo que más le atraía realmente, las letras. Se unió al movimiento humanista y pronto destacó como notable literato y erudito humanista. Siendo el humanismo el movimiento intelectual más importante de la época, puso a Calvino en contacto con la más sobresaliente educación. Todo esto influyó en su posterior ministerio en la Reforma tanto en Francia como en Ginebra.

El humanismo lo puso en contacto directo con las letras clásicas; entre éstas se contaban las Escrituras judías y las cristianas. Esto fue suficiente. En la Biblia aprendió a conocer realmente a Dios. Agregado esto a sus estudios

formales de teología y a los constantes juicios y ejecuciones públicas de hugonotes (protestantes franceses) que seguramente Calvino presenciaba en las plazas de París viéndolos morir valerosa y cristianamente en la hoguera, llevó finalmente a Calvino a abrazar plenamente la Reforma y a convertirse en indiscutible teólogo del movimiento.

Todo ese rico instrumental cultural, científico, literario y teológico se advirtió de inmediato en los escritos, las conferencias y las iniciativas pastorales de Calvino. Con reciedumbre y solidez imprimió a la Reforma en Ginebra el sello de su grandeza teológica. Desde entonces, la herencia reformada se precia de ser seria, disciplinada y profundamente teológica. A esto hay que agregar que Calvino se dedicó desde el principio a la enseñanza y fundó la Academia de Ginebra, origen de la famosa Universidad del lugar. Ahí, junto con la exégesis bíblica y la teología, se enseñaban las ciencias, las matemáticas o el arte, pues el estudio de todas estas esferas es parte de la verdad que fluye de Dios el Creador. Habla que conocer seriamente el mundo, que no es otra cosa que el “escenario de la gloria de Dios”. Así, el estudio científico en general iba de la mano del estudio teológico y en nada se diferenciaba de él, ambos nos encaminan en el conocimiento de Dios y de sus obras, ambos, entonces, son parte de la educación teológica y del entrenamiento para el ministerio cristiano.

Necesitamos, empero, preguntarnos si toda esta rica herencia teológica de la tradición calvinista es parte de nuestro actual acontecer eclesiástico. ¿Representamos nosotros también a un pueblo con mentalidad teológica?

Aunque encontramos abundantes evidencias de esta mentalidad teológica entre nuestro pueblo, no podemos dar una contestación afirmativa categórica a la pregunta sin antes valorar algunos hechos comunes entre nosotros. Que un buen número de nuestros hermanos manifiesta un sólido conocimiento de las Escrituras y de la doctrina reformada es un hecho evidente. En casi todas nuestras congregaciones encontramos hermanos que encaran este rasgo peculiarmente reformado. Sin embargo, también advertimos un amplio sector de nuestra feligresía, tal vez mayoritario, que no estudia a fondo la Palabra de Dios y mucho menos se preocupa por ampliar sus lecturas y estudios en la vertiente calvinista. En ocasiones parece haber congregaciones enteras más bien orientadas e influidas por el espíritu de la superficialidad de nuestra época, preocupadas más por fomentar valores de clase media (búsqueda de

la prosperidad material y del prestigio social) que por estudiar seriamente la Escritura y explorar la fe cristiana. Este tipo de “aburguesamiento” es contrario al espíritu del calvinismo y deteriora la seria estirpe de su mentalidad dirigida e iluminada por el escrutinio continuo de la revelación y de la historia contemporánea.

En ocasiones hemos visto aun ministros impidiendo el estudio serio de la teología o de otras ramas del saber humano por temor de enfrentar la verdad, o tal vez, por temor a perder su influencia o su poder. Semejante glorificación de la ignorancia es definitivamente ajena a la herencia reformada y razón de muchos temores y atrasos en la tarea teológica de nuestra iglesia. Esto incluye la pobre preparación que algunas veces se da a los ministros y las improvisaciones religiosas que en ocasiones se pueden observar en la vida de las iglesias, en la predicación, en la educación y en otras esferas de nuestra vida eclesiástica en general.

Dentro de este mismo ámbito se debe señalar el hecho de la popularidad de ciertas corrientes religiosas de muy escaso valor teológico y que, sin embargo, han arraigado mucho en nuestras congregaciones. El “dispensacionalismo” se ha vuelto popular a través de las notas preparadas por el señor Scofield, que se han agregado a una versión de la Biblia que se cuenta entre las que más ventas logran entre hermanos evangélicos. La interpretación que el dispensacionalismo hace de la Sagrada Escritura no solamente difiere radicalmente de la enseñanza calvinista sino que, además, ejerce extrema violencia sobre el texto bíblico y distorsiona la revelación. No obstante, para muchos hermanos, las descarriadas nociones dispensacionistas son tenidas casi en tanta estima como la misma Palabra de Dios y constituyen la doctrina oficial de algunos presbiterianos. Eso es lamentable. En parte se debe al excesivo sensacionalismo de sus interpretaciones escatológicas. La escatoficción es mucho más apelante al espíritu superficial de muchos de nosotros, que al estudio sereno, menos espectacular y especulativo, pero más sólido del presbiterianismo.

De modo que en estas áreas, la iglesia presbiteriana aún debe aprender mucho y aprovecharse mejor de su herencia reformada.

Pasemos al segundo rasgo seleccionado para nuestro comentario de esta ocasión. Se trata de la amplitud de la visión teológica del calvinismo. Fuertemente impactado por el mensaje escritural que abarca la totalidad de la experiencia humana y que se refiere a cada esfera de la vida no sólo la

espiritual y religiosa, sino también la material, ya sea económica, política, moral, artística, social, laboral, vocacional, etcétera, el calvinismo, fiel al Dios revelado en las Escrituras y a su voluntad soberana, ha dado cabida dentro de su sistema teológico también a la totalidad de la experiencia humana.

El calvinismo nunca desdeñó la reflexión y el estudio y la discusión de todo tipo de temas relacionados con la experiencia humana. A pesar de que la Reforma surgió en relación con la discusión de un tema específicamente religioso y se concentró en la noción protestante por excelencia: la justificación por la fe, Calvino fue mucho más allá y desarrolló la doctrina de las vocaciones diarias de la vida, según la cual toda esfera de actividad humana es santificada y traída a la obediencia de Cristo, quien es el Soberano Señor de toda área del vivir y del transcurrir humano y social. Igualmente la doctrina de la creación tanto en las implicaciones de la idea de la imagen de Dios en el hombre, como en la noción del mandato cultural según el cual el hombre debe gobernar sobre la baja creación administrando la totalidad de la vida humana para la gloria de Dios, proveyó el espacio y la orientación para reconocer que la teología y la vida cristiana deben estar interesadas e involucradas en toda suerte de actividades y problemas humanos.

Es bien conocido cómo Calvino llevó a la vida práctica de Ginebra su comprensión teológica de la vida. La organización social de Ginebra, la educación, la salud pública, la vida política, la actividad económica, todo fue estructurado de acuerdo con un modelo bíblico para la vida humana. Para él no sólo la Iglesia estaba destinada a expresar la realidad teológica, sino que la totalidad del ser y la totalidad de la composición social humana debían también expresar el designio divino. De alguna manera el ideal del Reino de Dios era la visión que determinó la Reforma en Ginebra y desde ahí floreció para el bien de muchos otros pueblos.

Frente a la amplitud y vastedad del proyecto teológico de Calvino, seguido posteriormente y en diversos grados de imitación en distintas partes de Europa, y frente a la incorporación de sus ideales y modelos en muchos otros proyectos eclesiásticos a través del tiempo, nosotros debemos admitir honradamente que nuestra iglesia no representa de manera apropiada la gran herencia reformada.

Por principio de cuentas hay que reconocer la desviación teológica que ha alimentado nuestra doctrina y nuestro espíritu como iglesia. Somos herederos no del espíritu calvinista sino de un problema doctrinal surgido en los

Estados Unidos. Me refiero a la controversia denominada “fundamentalista”. Dicha controversia, originalmente intento de ortodoxia, llegó en versiones posteriores a degenerar en verdadera herejía. Fue en esta etapa que se moldeó mucho de la mentalidad eclesiástica y doctrinal de nuestra Iglesia en México. Todavía hoy muchos ministros identifican la tradición reformada con el fundamentalismo. Nada hay más erróneo que esto. Porque si bien la doctrina reformada es bíblica y ortodoxa, no es, ni con nada, fundamentalista. El error del fundamentalismo consiste en haber deformado el Evangelio y la doctrina reformada hasta reducirlos a un simple ejercicio religioso sin conexión con la realidad. Primero se volvió a la dicotomía griega que se perpetuó en la herejía maniquea. Luego de disociar lo “espiritual” y lo “material”, el fundamentalismo se engañó creyendo que lo único que importaba al Evangelio era lo espiritual y abandonó la realidad material como algo inaccesible y sin importancia para los efectos de la doctrina “supuestamente cristiana”, convirtiéndose así en un fanatismo oscurantista que cedió la mitad del Evangelio y exaltó su propia mitad como si fuera el todo. No contento con ello, y en aras de una triste ilusión que lo llevó a sentirse campeón de la ortodoxia y la sana doctrina, se inventó enemigos a cada paso para justificar su existencia. Destruyó así el verdadero espíritu calvinista y se volvió hermano espiritual del Santo Oficio o Santa Inquisición asumiendo características anticristianas.

En nuestro caso, dicha deformación reduccionista es responsable del gradual abandono de la tradición reformada y de su visión teológica global. Por ello aún creemos que el Evangelio es algo simplemente para los templos, cuestión del alma, pero sin eficacia ni relación con la vida diaria. Por eso nuestra Iglesia rehúsa cumplir su función de orientación teológica en los aspectos diarios de la vida. Una prenda de ello es su pretendida apoliticidad y su negación a estudiar, reflexionar y expresarse sobre asuntos de trascendencia ética, social o económica. Para algunos hermanos hasta la caridad cristiana y el servicio social a la comunidad resultan sospechosos por lo menos, si no totalmente fuera del ámbito de la “verdadera” misión cristiana de la iglesia, que se entiende en esta versión reduccionista como simplemente “salvar almas” como si éstas no fueran también seres históricos.

Tal situación, me parece, delata una franca retirada de la mejor tradición calvinista y presbiteriana. Amerita de parte nuestra una verdadera conversión al Evangelio y al calvinismo, una conversión teológica.

Vengamos, finalmente, a nuestro último comentario; esto es, sobre el tercer rasgo de la herencia reformada que amerita reflexión. Lo haremos brevemente. Se trata del concepto reformado de la Iglesia y de las relaciones eclesíásticas.

Los reformadores nunca pretendieron “fundar” otra Iglesia. Su seriedad teológica les impedía ser sectarios. Ellos amaban a la “única”, “sola”, “una” iglesia del Señor Jesucristo. Siempre confesaron esa sola Iglesia. Su propósito y su anhelo fue solamente la reforma de dicha única iglesia. Si las presiones que se ejercieron sobre los reformadores los colocaron fuera del ámbito eclesástico tradicional oficial, no fue por causa de sí mismos, sino de quienes los “expulsaron”. No obstante, Calvino y Lutero buscaron la unificación no sólo de todos los grupos reformados, sino aun la unidad de la Iglesia universal. Se afirma que Calvino dijo haber estado dispuesto a “atravesar diez mares” si con ello hubiera podido lograr la unidad de la iglesia. En esto se muestra una característica muy propia de la herencia reformada. Es una combinación de firmes convicciones en la defensa de la verdad y caridad cristianas abierta al diálogo con los que piensan de manera distinta, con el propósito de buscar la profunda unidad que liga a todos los creyentes en un mismo Cuerpo.

Por esta razón, como lo expresamos al principio, el calvinismo nunca se ufano de su singularidad ni se exaltó a sí mismo como denominación o movimiento confesional a costa de la Iglesia universal. Antes bien, reconoció que la totalidad de la verdad evangélica no reside con exclusividad en grupo alguno, sino sólo en la plenitud del Cuerpo de Cristo, al cual se debe nuestra lealtad esencial y prioritaria. Si la reforma es evidentemente una lucha honrada y absoluta por preservar la verdadera enseñanza del Evangelio y, por tanto, es fuertemente polémica y controversial, también es verdad aunque en esto no se haya hecho tanto énfasis en tiempos recientes en nuestra iglesia que la Reforma consideró la unidad de la iglesia como parte de esa verdad que con tanto celo defendió.

De ahí que resulte extraño el aislamiento que caracteriza a nuestra iglesia. No es acorde con la mejor expresión presbiteriana. En nuestra manera de ser como denominación se hace notorio nuestro celo y nuestro separatismo. No mantenemos relaciones fraternales ni con los otros grupos más próximos a nuestra tradición. Desde 1971 decidimos aislarnos aun de la gran familia reformada representada por la Alianza Mundial de Iglesias Reformadas.* Es

*Actualmente, la Iglesia Nacional Presbiteriana de México es miembro nuevamente de dicha alianza de iglesias.

verdad que diferimos con algunas tendencias del Consejo Mundial de Iglesias y que no apoyamos un ecumenismo que sacrifica la integridad del Evangelio o desvía la actividad misionera cristiana, pero no podemos por ello negarnos al afecto fraternal y a la relación cristiana que es esencial al testimonio del Evangelio y a las demandas de Jesucristo. Nuestra voz debe participar en el concierto de los cristianos; aun si no para otra cosa, para manifestar desde las plataformas del diálogo nuestra inconformidad o nuestros puntos de vista. Nuestro aislamiento no sólo hace evidente nuestra inmadurez social, es también una infidelidad al evangelio, un apartamiento de la tradición reformada y un escándalo para el mundo incrédulo.

III. El llamado permanente

Volver a escuchar los acentos de la gloriosa voz reformada es experiencia de gran valor y muy saludable. Se nos recuerda nuestro pasado. Se pone al descubierto nuestra estirpe. Se nos aviva la fe. Se reencuentran las raíces. Se afirma la identidad. Se abren nuevos mundos, amplios horizontes, renovadas posibilidades para la actividad, para el cambio, para la transformación y renovación de nuestra iglesia.

Queda bien claro que no podemos caer en el error de vivir solazándonos en las glorias del pasado. No se trata, por otro lado, de repeticiones estériles o imitaciones grotescas de experiencias ya superadas. No. Se trata de revalorar lo que somos, de un reencuentro con el espíritu dinámico de nuestra identidad histórica para realizar los necesarios movimientos y reajustes pertinentes a nuestra situación y a nuestro contexto. Si podemos resumir la naturaleza de lo que aquí se demanda en términos de la Reforma misma, seleccionaríamos la frase que corre desde el siglo XVI y que se originó en Holanda: *Ecclesia Reformata et semper reformanda*, esto es, “la Iglesia reformada siempre reformándose”. O sea que estamos ante la demanda de dar cumplimiento a esta esencial cuestión del espíritu del calvinismo: la reforma permanente de la iglesia por medio de la obediencia a la Palabra de Dios y al Espíritu Santo. Lo cual, en nuestro caso, exige muchas reivindicaciones, muchas correcciones en la orientación de nuestra vida eclesíástica, muchos arrepentimientos, muchas conversiones, mucha reflexión sobre el sentido de nuestra vida denominacional y de los necesarios cambios de actitud y de actividad.

Dicho esto en otras palabras, anotaremos que el mirar al pasado mediato e inmediato de nuestra tradición reformada nos lleva al reencuentro de nuestra identidad y de nuestras raíces y engendra en nosotros de nuevo y en renovados matices el permanente llamado de Dios a no conformarnos a este siglo, sino a transformarnos por medio de la renovación de nuestro entendimiento para experimentar la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.

La vigencia de la cosmovisión calvinista para la Iglesia y el mundo de hoy

Mariano Ávila Arteaga

Permítaseme a manera de introducción hacer una breve definición del tema que se me ha asignado. Su término central es *cosmovisión*. Por esta palabra me refiero a la manera de ver e interpretar el mundo, la realidad; es decir, con qué ojos vemos al mundo y lo interpretamos; cómo entendemos la compleja realidad que enfrentamos a diario. Otra manera de definirlo sería refiriéndonos a la cosmovisión, como la filosofía de una persona. Aquel conjunto de pensamientos, criterios y valores que, en un todo unificado armónicamente, compone la mentalidad de una persona. En otras palabras más simples se puede decir que la cosmovisión se refiere a los lentes con que vemos la realidad.

Luego calificamos esta cosmovisión como calvinista. ¿Qué queremos decir con este término?, nos referimos con él a ese sistema doctrinal que Calvino enseñó pero que no inventó o creó. Es la enseñanza que Agustín predicó, que Pablo, los apóstoles, nuestro Señor y los profetas enseñaron. En otras palabras, la enseñanza bíblica. ¿Por qué no la llamamos bíblica o cristiana simplemente?, porque hoy día estos términos son tan ambiguos y tan mal entendidos y usados, que se han desgastado y han perdido su sentido real. De ahí que tengamos que usar un pobre apelativo, calvinismo, para referirnos a la gloriosa enseñanza que encontramos desde el principio hasta el fin de las páginas de las Sagradas Escrituras. De ahí que al leer repetidamente en este artículo el término calvinismo no nos sintamos incómodos, como si estuviésemos cayendo en alguna herejía sectaria, no, más bien demos gracias a Dios que en este concepto encerramos la genuina enseñanza bíblica. No estamos glorificando a un hombre sino al Señor Dios quien despertó ese movimiento reformador que trajo nueva vida y luz a la Iglesia y al mundo. A esa gran obra de Dios en la historia se le ha llamado calvinismo.

La palabra clave de este tema es vigencia. Cuando hablamos de vigencia hablamos de actualidad, de valor y uso presentes, de relevancia contemporánea, de aplicabilidad presente, de una cosmovisión que está en vigor; que viene a propósito para la Iglesia y el mundo de hoy.

Habiendo definido nuestro tema lo haremos proposición diciendo que la cosmovisión calvinista tiene vigencia para la iglesia y el mundo de hoy, aún más, es urgente que nosotros que nos llamamos calvinistas, presbiterianos o reformados la redescubramos y en muchos casos, me temo apenas la conozcamos. Es mi convicción que las serias demandas y desafíos que nos ha tocado vivir en esta generación sólo podrán ser enfrentados responsablemente si estamos armados de esta cosmovisión y la aplicamos firmemente a nuestro diario vivir. Que Dios nos conceda la gracia de asimilarla y de llevarla también a sus últimas consecuencias prácticas; que estemos dispuestos a pagar el costo del discipulado cristiano que surge de tal cosmovisión.

Podemos resumir la cosmovisión calvinista en tres aspectos fundamentales. Nuestra relación con Dios, con el hombre y con el mundo. La forma en que el calvinista, enseñado por la Palabra de Dios, concibe su relación con estas tres realidades.

I

En la cosmovisión calvinista, Dios está en el centro de todo. “Porque de él, por él y para él son a todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén” (Rom. 11.36). Por ello nuestro fin principal es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre (*Catecismo Menor de Westminster*, Preg. 1).

El Señor Dios es reconocido como Creador del Universo. Él es el principio, origen y fuente de la vida y la existencia. A Él le pertenecemos, de El dependemos. “En Él vivimos, nos movemos y somos” (Hch. 17.28).

También es Él el sustentador supremo de todo. Es el Dios de la providencia quien sostiene, preserva y gobierna a todas sus criaturas. Como tal es Señor del mundo y de la historia. Todo lo dirige para su gloria.

Es, además, nuestro Redentor, quien en Jesucristo nos ha dado vida. El Padre nos eligió desde la eternidad; el Hijo pagó nuestro rescate en la cruz y el Espíritu Santo nos comunica esa redención transformándonos de gloria a gloria en la imagen del Señor. En el centro de nuestra confesión está el hecho de que hemos sido salvados por la sola gracia de Dios.

Las implicaciones de todo esto se hallan resumidas en las bellas palabras del *Catecismo de Heidelberg* que en respuesta a su primera pregunta: ¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?, responde:

Que yo, con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte, no me pertenezco a mí mismo, sino a mi fiel Salvador Jesucristo, que me liberó de todo el poder del diablo satisfaciendo enteramente con su preciosa sangre por todos mis pecados, y me preserva de tal manera que sin la voluntad de mi Padre celestial ni un solo cabello de mi cabeza puede caer, antes es necesario que todas las cosas sirvan para mi salvación. Por eso también me asegura, por su Espíritu Santo, la vida eterna y me hace pronto y aparejado para vivir en adelante según su santa voluntad.

De ahí, que el calvinista se sabe deudor y vive su vida ante los ojos y presencia de Dios. Conoce su miseria, conoce a su Redentor y vive para la gloria de Dios. Si come o bebe o hace cualquier cosa, lo hace para la gloria de Dios. Sabiéndose salvado por la gracia de Dios le ama mucho, por que “al que mucho se le perdona, mucho ama”. Se une de corazón al salmista que decía: “¿A quién tengo yo en los cielos, sino a ti? Fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen, más la roca de mi corazón y mi porción de Dios para siempre” (Sal. 73.25-26). La *Sola Gratia* engendra el estilo de vida resumido en las palabras: *Soli Deo gloria*.

La vida del verdadero calvinista está profundamente arraigada en la fidelidad, misericordia y gracia de Dios y por ello se caracteriza por una profunda seguridad de la salvación que, lejos de inducirle a la indolencia y negligencia, lo hace diligente y consagrado a su Señor.

El cántico jubiloso de Pablo en Rom. 8.28-39 resume nuestra fe reformada, revelada por Dios en su Palabra y confirmada en nuestra experiencia cotidiana por su santa providencia.

Esta profunda certeza se manifiesta en una entrega total y continua a Dios. No existe, para el calvinista, aspecto alguno de su vida que no consagre a su Señor. En este contexto, la esquizofrenia religiosa, tan común en nuestras iglesias, que divide la vida en departamentos, unos religiosos y otros “seculares”, resulta una horrible aberración. Aquella que encierra a Dios en el templo y limita su adoración al culto dominical, y por el otro lado, excluye a Dios de su práctica profesional, estudiantil, comercial, doméstica, etcétera, durante el resto de la semana, puesto que considera tales actividades “seculares”, no

ha comprendido la fe cristiana y es una contradicción viviente de la misma. El cultivo y servicio del creyente son un estilo de vida que se manifiesta en todos los lugares y en todas las áreas de la vida y no sólo en actos esporádicos de culto en un templo unas horas el domingo.

“Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (I Cor. 10.31).

II

¿Cómo ve el calvinista al hombre? El calvinista aprende su concepción del hombre en la Palabra de Dios, se conoce en la Palabra y a la luz de ella reconoce su dignidad, valor y honra como Imagen de Dios.

En virtud de su creación a la imagen de Dios, y de su exaltada y singular posición de señorío sobre la creación, el hombre es causa de admiración, asombro y reverencia al calvinista, como lo fue al salmista que pregunta, no por su ignorancia sino por el conocimiento que tiene: “¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre para que lo visites? Pues lo has hecho poco menor que los ángeles, lo coronaste de gloria y de honra, todo lo pusiste debajo de sus pies” (Sal. 8.4-6).

Esto se ve afectado por el pecado. El hombre no dejó de ser hombre, más bien se constituyó en rebelde, y al hacerlo se deshumanizó. Pecando contra Dios, pecó contra sí mismo. Se sumió en una existencia infrahumana. La imagen de Dios se distorsionó pero no se perdió (Veánse Gén. 6 y Santiago 3.9).

La redención en Cristo nos humaniza y restaura. Nos reconcilia con Dios, con nuestro prójimo y con nosotros mismos. El valor, honra y dignidad humanos se ven ensalzados en su máxima expresión por el altísimo costo pagado para nuestra salvación, la sangre de Cristo.

El calvinismo ha derivado de su relación fundamental con Dios una peculiar interpretación de la relación del hombre con el hombre, y es esta única y verdadera relación, la que desde el siglo XVI ha ennoblecido la vida social. Si el calvinismo coloca la totalidad de nuestra vida humana inmediatamente delante de Dios, entonces se sigue que todos los hombres o mujeres, ricos o pobres, débiles o fuertes, tontos o talentosos, como criaturas de Dios, y como pecadores perdidos, no tienen ningún derecho de dominar unos sobre otros, ya que ante Dios estamos como iguales, y consecuentemente en igualdad los unos con los

otros, de ahí que no podamos reconocer ninguna distinción entre los hombres, salvo aquellas que han sido impuestas por Dios mismo, al dar autoridad al uno sobre otro, o al enriquecer con más talento a uno que a otro, a fin de que el hombre que tenga más talentos sirva el hombre que tiene menos, y en él sirva a su Dios. Por ello el calvinismo no condena meramente toda esclavitud abierta y los sistemas de castas, sino toda esclavitud encubierta de la mujer y del pobre; se opone a toda jerarquía entre hombres; no tolera la aristocracia, salvo aquella que es capaz, sea personalmente o como familia, por la gracia de Dios, de exhibir una superioridad no para su auto-engrandecimiento u orgullo ambicioso, sino para usarla en el servicio de Dios.

Así, el calvinismo estaba obligado a encontrar su expresión en una interpretación democrática de la vida; a proclamar la libertad de las naciones; y a no descansar hasta que política y socialmente cada hombre, simplemente por ser hombre, sea reconocido y tratado como una criatura hecha a la imagen divina. (Abraham Kuyper, *Calvinism. Six-Stone Lectures*. Höveker an Worwser KTD, Ámsterdam Oretirua, pp. 26-27).

¡Cuánta actualidad y urgencia tiene este principio hoy día! Cuando las relaciones internacionales e interpersonales se ven controladas por criterios y valores que han clasificado y etiquetado al hombre, valuándolo según su raza, color, olor, inteligencia, títulos, posesiones, estatus social, ocupación, lugar de residencia, belleza o incluso religión. Así hablamos de “tercer-mundistas”, de “indios”, “negros”, “profesionistas”, “pobres”, “clase media”, “burgueses”, “católicos”, “paganos”, etcétera. Y de esta infravaloración del hombre, hermanos, no seamos ilusos, ni la Iglesia, nuestra Iglesia, ha escapado. Al contrario, la hemos afirmado dándole nuestra bendición.

¿No es cierto que seguimos pecando al hacer distinción, acepción de personas, dándole la preferencia al rico antes que al pobre en nuestras congregaciones? (Véase Stg. 2.1-13). Cuántas veces, por ejemplo, las elecciones de oficiales de nuestras iglesias están determinadas por los títulos profesionales o posesiones materiales de los candidatos y no por sus dones espirituales y su servicio al Señor. Como pastores muchos pecamos en este renglón. Muchas de nuestras “iglesias” son clubes exclusivos en los que la pertenencia al grupo está determinada por la clase social y afinidad cultural. El fenómeno de formar grupos en las iglesias es bien conocido. La discriminación al indio es un pecado nacional del que todos participamos.

¡Cómo necesitamos releer los evangelios y aprender de Jesús nuestro Señor! El vivió en una sociedad como la nuestra que había denigrado al hombre clasificándolo y etiquetándolo como “judío”, “samaritano”, “publicano”, “pecador”, “fariseo”, “perros”, “elegidos”, etcétera, distinciones con base en la nacionalidad, raza, religión, moralidad, clase social, que ultrajaban la dignidad del hombre. Jesús rompió con todo esto. Fue, en este sentido, un radical. No catalogaba a los hombres según sus etiquetas sino que supo ser amigo de publicanos y pecadores porque reconocía, respetaba y trataba a cada ser humano como criaturas hechas a imagen de Dios y por lo tanto revestidos de una enorme dignidad y... con una profunda necesidad de liberación y redención. Escandalizó a sus contemporáneos, pero glorificó a Dios y le devolvió sus dignidad a mujeres, niños y “pecadores”. ¿Lo haremos nosotros con nuestra generación?, ¿pagaremos el costo?

III

La tercera relación fundamental, componente imprescindible de la cosmovisión calvinista, tiene que ver con el mundo. En este punto el calvinismo ha traído también un cambio radical al mundo del pensamiento evangélico. Poniendo al hombre ante la presencia de Dios, no sólo ha honrado al hombre a causa de llevar este la imagen de Dios, sino que también ha honrado al mundo como creación divina.

Un gran principio teológico calvinista en este contexto es el de la gracia común. Esto significa que Dios no sólo actúa para la salvación del hombre sino que también opera en el mundo, manteniendo su vida y existencia, aliviando la maldición que pesa sobre él, frenando su proceso de corrupción y facilitando así el desarrollo de nuestra vida a fin de glorificarle y gozar de Él para siempre. “Dios hace que su sol salga para buenos y malos y que llueva sobre justos e injustos” (Mt. 5.45). “El mundo es de mi Dios”.

En íntima relación con este principio de la gracia común, surge el gran principio del así llamado “mandato cultural”. Calvino entendió que la Iglesia se hallaba bajo el imperativo divino no sólo de llevar el Evangelio a toda criatura, sino también de “sojuzgar la tierra y dominarla” en el nombre y para la gloria de Dios (Gén. 1.26-28). Al rescatar este mandato, el calvinismo ensancha su visión misionera y entiende que ha de cultivar ese enorme huerto de Dios que

es el mundo, para que éste, una vez desatado de todo su potencial, también se le une en perfecta armonía en un cántico de gratitud y alabanza al Creador.

Hombre y mundo (creación) se hallan íntimamente relacionados desde el principio. Es entonces cuando ambos cuentan la gloria, sabiduría y bondad de Dios; en la caída en el pecado, la tierra es maldita por causa del hombre, y junto con el hombre, pero también en la redención de la naturaleza, el cosmos, la creación toda “será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Rom. 8.21).

Sin embargo, ésta no solo es una bendita esperanza. La redención ya es una realidad presente. Ya tenemos las primicias; el Reino se ha acercado, vivimos en los últimos días inaugurados con la muerte y resurrección de Cristo.

El Reino, como la semilla de mostaza, va creciendo y extendiéndose lenta, silenciosa, pero firmemente en este mundo. Y de ese proceso de regeneración es que participamos como primicias los creyentes, también participa la creación; y en este proceso somos colaboradores de Dios.

Esto es lo que también se expresa con las palabras “la santidad de lo secular” o bien, el carácter de toda vocación humana. Como dice Kuyper, gracias a este principio,

la vida doméstica recuperó su independencia y dignidad, el comercio realizó su fortaleza con libertad, el arte y la ciencia fueron liberados de cualquier lazo que les había impuesto la Iglesia (católico-romana) y fueron restaurados a su propia inspiración y el hombre empezó a entender la sujeción de toda la naturaleza con sus poderes y tesoros latentes como un deber santo impuesto sobre él por el mandato original en el Paraíso: “dominad sobre ella”. De ahí que la maldición ya no reposa sobre el mundo como tal, sino sobre lo que es pecaminoso en él, y en lugar de una huida monástica del mundo, el deber es ahora enfatizado en el sentido de servir a dios en el mundo, en cada área y departamento de la vida. Adorar a Dios en la Iglesia y servirle en el mundo llegó a ser el impulso inspirador; la Iglesia vino a ser el lugar donde se adquiría el poder para resistir la tentación y el pecado en el mundo. Así, la sobriedad puritana fue mano a mano con la reconquista de toda la vida del mundo, y el calvinismo dio impulso a ese nuevo desarrollo que se atrevió a enfrentar al mundo con el pensamiento romano: Nada de lo humano es ajeno, aunque nunca se permitió intoxicarse con su capa venenosa. (*Ibid*, p. 31).

En este sentido, el calvinismo adopta una posición diametralmente opuesta a los anabaptistas de su época que confirmaron el modelo monástico y lo hicieron regla para todos los creyentes. El calvinismo rompe las distinciones entre clero y laicos, afirmando con la Biblia el sacerdocio universal de los creyentes, y destruye la falsa distinción entre lo santo y secular haciendo a la luz de la Biblia, de cada ocupación, oficio y profesión un servicio santo, un ministerio sagrado para Dios. Ésta es la santidad de lo secular:

La vida del mundo ha de ser honrada en su independencia, y debemos, en cada esfera, descubrir los tesoros y desarrollar la potencialidad escondida por Dios en la naturaleza y en la vida humana” (*Ibid*, p. 33).

“No sirviendo al ojo, como los que quieren agrandar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís” (Col. 3.22-24).

Es en este punto que quiero mostrar que esta dimensión básica del calvinismo nos provee las bases bíblico-teológicas de una labor misionera integral. No sólo debemos buscar anhelosamente ganar *a todos los hombres* para Cristo, sino que debemos ganar al hombre entero; no sólo debemos “salvar almas”, debemos rescatar a hombres enteros, alma y cuerpo.

De un ministerio integral, J. Gresham Machen nos recuerda nuestro compromiso con estas palabras:

En lugar de destruir las artes y las ciencia o de ser indiferentes a las mismas, cultivémoslas con todo el entusiasmo del auténtico humanista, mas al mismo tiempo consagrémoslas al servicio de nuestro Dios. En lugar de sofocar los placeres que ofrece la adquisición del saber o la apreciación de lo bello, aceptemos estos placeres como dones de un Padre celestial. En lugar de eliminar la distinción entre el Reino y el mundo, o por otro lado retirarnos del mundo en una especie de monasticismo intelectual modernizado, avancemos gozosamente, con todo entusiasmo, para someter el mundo a Dios...

...El cristiano no puede sentirse satisfecho en tanto que alguna actividad humana se encuentre en oposición al cristianismo o desconectada totalmente del mismo.

El cristianismo tiene que saturar, no tan sólo todas las naciones sino también todo el pensamiento humano. El cristianismo, por tanto, no puede sentirse indiferente ante ninguna rama del esfuerzo humano que sea de importancia. Es

preciso que sea puesta en contacto, de alguna forma, con el evangelio. Es preciso estudiarla, sea para demostrar que es falsa, sea para utilizarla en activar el Reino de Dios. El Reino debe ser promovido; no solo en ganar a todo hombre para Cristo, sino en ganar al hombre entero” (J. Gresham Machen, *Cristianismo y cultura*. Países Bajos, ACELR, 1974, pp. 10-11).

No empobrecamos el concepto de ministerio limitándolo a las actividades religiosas realizadas por pastores, evangelistas o misioneros; ni tampoco diseminemos herejías enseñando que para ser ministros debemos abandonar nuestras actividades “seculares” y meternos a un seminario. Renunciemos a esta mentalidad católico-romana, y, fieles a nuestros principios reformados y bíblicos, démosle a cada ocupación humana la dignidad y carácter ministerial que Dios mismo les ha conferido; seamos sacerdotes no sólo en el templo, sino también en el mercado, en el aula, en la oficina, en el hogar, en la calle, en el mundo. Por supuesto, hemos de alentar a aquellos que Dios llama al ministerio de la Palabra, pero también debemos estimular y capacitar a los santos para la obra del ministerio en los campos científico, artístico, cultural, económico, social y político. Allí también necesitamos misioneros cristianos que militen para el Señor, conscientes de que “...las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para destrucción de fortaleza, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (II Cor. 10.4-5).

El Señor nos está llamando en este momento crítico de nuestra historia a una conversión radical. A la luz de Romanos 12.1-2 somos exhortados a presentar nuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, lo cual constituye nuestro culto racional. El estímulo poderoso son “las misericordias de Dios”, las muestras concretas de su gracia en la salvación que en nosotros efectúa en Cristo Jesús; somos llamados a no conformarnos a este mundo, sino a ser transformados en el espíritu de nuestra mente —aquí entra la cosmovisión, una mentalidad nueva, transformada y reformada por la Palabra. Entonces podemos experimentar la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.

Termino con las siguientes reflexiones que siguen siendo un desafío para nosotros: Abraham Kuyper nos reta diciendo:

Recordad que este giro de la historia del mundo no podría haberse realizado excepto por la implantación de otro principio en el corazón humano, y por la revelación de otro mundo de pensamiento a la mente humana; que sólo por el calvinismo el salmo de libertad pudo encontrar su camino desde un corazón atribulado hasta los labios, que el calvinismo ha capturado y garantizado para nosotros derechos civiles constitucionales; y que simultáneamente con esto surgió de la Europa occidental este poderoso movimiento que promovió el avivamiento de la ciencia y del arte, abrió nuevas avenidas al comercio, embelleció la vida social y doméstica, exhaltó a la clase media a posiciones de honor, hizo que abundara la filantropía, y más que todo esto, elevó, purificó y ennobleció la vida moral con su seriedad puritana; y entonces juzgad por vosotros mismos si es adecuado arrojar el calvinismo que Dios nos ha dado a los archivos de la historia, o si es un sueño concebir que el calvinismo todavía tiene una bendición que darnos y una brillante esperanza que revelar para el futuro.

El calvinismo no está muerto —todavía lleva en sí el germen de energía vital de los días de su gloria pasada. Si, así como el grano de trigo del sarcófago de los faraones, cuando es puesto en la tierra, lleva fruto a ciento por uno, así el calvinismo lleva en sí un poder maravilloso para el futuro de las naciones. Y si de nosotros los cristianos, en nuestra batalla santa, se esperan hechos heroicos, marchando bajo bandera de la Cruz, contra el espíritu de los tiempos, el calvinismo solamente nos armará con un principio inflexible, y por el poder de ese principio nos garantiza una segura, aunque nada fácil victoria” (*Ibid*, pp. 45-45).

Calvino y la opinión de los católicos de hoy

Alexandre Ganoczy

ué piensan de Calvino los católicos de hoy? La respuesta no es nada fácil. Por “católicos de hoy” podríamos designar a los pocos historiadores y teólogos católicos que se han propuesto la tarea de comprender verdaderamente a Calvino y su pensamiento religioso. Ahora bien, sería iluso creer que estos investigadores ejercen una influencia determinante sobre la opinión del conjunto a los católicos. La amplitud de su auditorio varía, por otra parte, según el interés que manifiestan por la Reforma en general y por Calvino en particular las diferentes comunidades católicas. Ésta es completamente nula o insignificante en los países donde los protestantes y, más especialmente, los calvinistas no representan una realidad concreta, ya sea por su número o por su papel histórico, o por su dinamismo conquistador. En cambio, es bastante considerable en las regiones donde subsiste la lucha interconfesional, bajo cualquier forma que sea (matrimonios mixtos), y en aquellas otras donde la serenidad general de los espíritus y una mentalidad más desarrollada permiten afrontar con ecuanimidad los problemas ecuménicos.

Aun así había que reconocer, además, que el interés por los contactos con el protestantismo no siempre va unido a su interés por la persona y la obra del reformador francés. Hasta en los católicos más “abiertos”, Juan Calvino despierta, en la mayor parte de los casos, menos simpatía que, por ejemplo, Martín Lutero. Su figura triste, severa e intolerante, su doctrina sobre la predestinación, han sido tan profundamente inculcadas en la conciencia católica que hasta las mentes más formadas tienen cierta tendencia a “ponerle entre paréntesis” en sus diálogos ecuménicos. Y lo hacen tanto más fácilmente cuanto que numerosos protestantes, incluso de tradición calvinista, parecen a veces sonrojarse de uno de sus más grandes reformadores. Este estado de cosas han podido ser comprobado el año pasado, con ocasión del cuarto centenario de la muerte de Calvino. La mayor parte de las conmemoraciones

de que hemos tenido conocimiento han sido obra de historiadores, teólogos o periodistas; ha habido exposiciones bien organizadas, pero nada de eso daba la impresión de que el nombre de Calvino evocase en la generalidad de los protestantes, incluso en Ginebra, una presencia realmente viva y amada.

¿Es todavía actual Calvino?

A este propósito es necesario plantear toda una serie de preguntas. ¿No es normal la situación que hemos evocado? ¿No es verdad que la historia y la doctrina de Calvino no poseen ya actualidad? ¿No es la herencia del reformador de Ginebra un obstáculo, más que una ayuda en el diálogo ecuménico? ¿No vale más ponerle entre paréntesis para concentrar todos nuestros esfuerzos en el estudio de los teólogos protestantes modernos?

En la medida en que personalidades notables e influyentes del protestantismo contemporáneo se creen obligados a descuidar a los reformadores en provecho de sus pensadores modernos; en la medida en que, por ejemplo, los partidarios de un “barthanismo” unilateral se desentienden de Calvino, a menos de interpretarlo enteramente a la luz de Barth, en esa medida responden afirmativamente a estas preguntas. Sin sostener que sea esa la actitud general entre nuestros reformados, hay que reconocer que es una actitud general entre nuestros reformados, hay que reconocer que es una actitud bastante extendida. La consecuencia de esta actividad entre los católicos es simple. Los que siguen con atención “la actualidad protestante” se dejan con frecuencia impresionar por lo que encuentran en ella de más “moderno”. Algunos de estos estudios católicos llegan incluso a contentarse con los conocimientos de segunda mano que esa actitud supone y no sienten la menor necesidad de estudiar a los reformadores del siglo XVI y menos aún a Calvino.

Aquí aparece una de las lagunas del ecumenismo católico; con demasiada frecuencia no se va al fondo de las cosas ni en el plano histórico, ni en el plano teológico, ni, sobre todo, en el terreno tan importante de la historia de los dogmas. Esto explica, a nuestro entender, que en la inmensa literatura ecuménica católica haya tan pocos escritos de valor sobre Calvino y su doctrina.

Por nuestra parte estamos persuadidos de la actualidad de los estudios calvinianos y de la necesidad de que los católicos se remonten directamente a las fuentes de la Reforma, sin lo cual no comprenderán nunca el protestantismo de hoy.

Cuando se han estudiado seriamente las obras teológicas de Calvino, cuando se han descubierto sus fuentes y destacado sus ideas maestras, cuando se ha medido su solidez bíblica y patrística y se ha constatado su estructura, kerigmática y sistemática a la vez, es imposible no reconocer en ellas una obra capital sin la que serían imposibles la mayor parte de los teólogos protestantes modernos, no sólo reformados, sino también evangélicos. El pensamiento de K. Barth tiene, como él mismo reconoce, sus raíces más profundas en el de Calvino. Rudolf Bultmann, por todo el carácter escriturísticamente dialéctico de su teología “existencial”, está tan cerca de Calvino como de Lutero. Existe, sin duda alguna, una continuidad esencial entre los grandes iniciadores de la Reforma del siglo XVI y los pensadores del protestantismo moderno, continuidad que sólo una visión superficial de las cosas permite ignorar. Ahora bien, donde se da continuidad viva no es posible considerar una sola etapa aislada, aunque sea la más actual.

Para los católicos preocupados por la unidad de la Iglesia de Cristo, el estudio directo de Calvino tiene tanto interés al menos como el de Lutero, Zwinglio, Melancton y Bucero. El pensamiento eminente y sistemáticamente “eclesial” del reformador de Ginebra es ciertamente afín a la eclesiología católica actual. Varios puntos esenciales de la colegialidad promulgada en el Concilio Vaticano II, por ejemplo, parecen estar contenidos en la doctrina calvinista de la Iglesia.¹

Otro factor de convergencia está constituido por el hecho de que Calvino ha dado más importancia que cualquier otro teólogo de la Reforma al estudio de los Padres de la Iglesia.² De una manera general, puede decirse que Calvino ocupa una de las posiciones centrales en toda la historia de los dogmas; él es, en efecto, quien ha logrado, gracias desde luego a sus predecesores Melancton y Bucero, dar una expresión clara y sistemática del pensamiento teológico de Lutero, salvaguardando, gracias a su formación de jurista y humanista, un número considerable de elementos doctrinales e institucionales de la tradición católica.



1. Cfr. A. Ganoczy, *La structure collégiale de l'Eglise chez Calvin et au Iie Concile du Vatican, Irenikon*, 39, (1965), pp. 6-32; *Calvin und Vatikanum II. Das Problem der Kollegialität*, Wiesbaden 1965.

2. La edición definitiva de *L'Institution* (1559) presenta una documentación patrística enormemente rica. Los Padres más frecuentemente citados son Agustín, Crisóstomo, Gregorio Magno, Jerónimo, Tertuliano, Cipriano Ambrosio e Ireneo. Cfr. L. Smits, *Saint Augustin dans l'oeuvre de Calvin*, Assen 1957.

Pero, si nos limitásemos a ver en Calvino lo que le acerca al catolicismo romano, mostraríamos un interés puramente egocéntrico y nos haríamos sospechosos de intenciones “integracionistas”. Es preciso ir más lejos y, sin dejar de señalar con franqueza el límite de las convergencias y las divergencias, atreverse a escuchar sus enseñanzas. Es muy posible que su teología del Espíritu Santo, lo que podría llamarse su “cristo-pneumatocentrismo”, su concepción dinámica del ministerio y de los sacramentos —para no citar más que algunos ejemplos— puedan ejercer una influencia felizmente estimulante sobre la reflexión teológica católica. En cuanto a la *historia* de Calvino, podría muy bien servir de ejemplo que mostrase a la autoridad eclesiástica de todos los tiempos por qué medios se lleva a espíritus generosos a la rebeldía y qué métodos pueden evitar hacer “herejes”... Si lo que afirmamos aquí es exacto, ¿cabe dudar aún de la actualidad de Calvino y de la utilidad de su estudio?

Calvino desfigurado

Supongamos ahora que unos católicos, y especialmente estudiantes de teología, sensibles a argumentos de este tipo quieran entrar en contacto con el reformador francés. ¿Qué otras católicas tienen a su disposición?

Los límites necesariamente estrechos de este artículo nos obligan a contentarnos con indicar a modo de respuesta los resultados de un “test” practicado en algunas bibliotecas de seminarios y escolasticados de Francia, país de origen de Calvino y centro activo de ecumenismo. (Probablemente la situación será al menos análoga en los demás países. Como única excepción citemos a los Países Bajos, donde autores como Smits, Lescrauwaet y Alting von Geusau han contribuido considerablemente a formar un juicio objeto sobre Calvino).

Una primera constatación se ha impuesto a nosotros; ningún manual de teología dogmática de los conservadores en nuestras bibliotecas puede ser considerado objetivo en su exposición de la doctrina calviniana. La doctrina de Calvino, como la de los demás reformadores, llamados *adversarii*, es presentada en ella por “piezas sueltas” y casi exclusivamente a través de las condenaciones del Concilio de Trento.

¿Qué hemos encontrado en la sección de historia religiosa? Nada que se pueda considerar equivalente a las monografías dedicadas a Lutero de Denifle, Grisar ni, sobre todo, Lortz. Sólo los cuatro volúmenes de *Les origines de la*

Réforme del ponderado Imbart de la Tour, que datan de antes de la primera guerra mundial, dan testimonio del gran esfuerzo solitario llevado a cabo por un historiador católico laico para salir de los cauces trillados de la historiografía polémica. Actualmente, esta obra, a pesar de sus muchos méritos, está ampliamente superada tanto en su tendencia general como en cuanto a muchas de sus afirmaciones de detalle. Entre los manuales propiamente dichos de historia de la Iglesia de los más importantes son con mucho los del sulpiciano F. Mourret y el benedictino Ch. Poulet. El primero, de 1921, presenta a Calvino como “el hijo amargado del jurista excomulgado de Noyon”;³ da a entender que rompió con la Iglesia por haber sido privado de una canonjía,⁴ hace suya la acusación de racionalismo que F. Brunetière⁵ lanzó contra Calvino; indica abusivamente la predestinación como el corazón de la teología calvinista y atribuye al reformador “un horror instintivo a toda Iglesia organizada y a todo dogma tradicional”.⁶ En cuanto a Dom Poulet —cuya historia de la Iglesia conoció en 1953 su vigésimoctava edición corregida y aumentada—, después de desarrollar, complaciéndose en ello con gran número de citas separadas de su contexto, el predestinacionismo de Calvino, concluye con énfasis: “No hay término medio: dilatar la esperanza hasta la certeza y oír la voz del Espíritu o derrumbarse al borde del abismo terrible de la predestinación fatal”.⁷ Subrayando la “bibliocracia”, el “despotismo” y la “irritabilidad enfermiza” del reformador⁸ lo estigmatiza de esta forma: “Calvino es un fanático: el orgullo teológico encarnado, tan persuadido de su investidura que cree que su palabra es siempre, en las cosas grandes y en las pequeñas, divina”.⁹

En las bibliotecas hemos encontrado, en el mismo plano que los manuales de historia, *L'Eglise de la Renaissance et de la Réforme de Daniel Rops*, de Daniel Rops (1955). Su juicio (somero) sobre el reformador es éste: “Pero Calvino fue sobre todo el hombre de la ruptura decisiva, y esto más que ninguna otra cosa hace que un católico no pueda sentir más que horror de

3. T. V. *La Renaissance et la Réforme*, p. 413.

4. *Ibidem*, p. 414.

5. *Ibidem*, p. 413.

6. *Ibidem* p. 416.

7. T. II, *Temps modernes*, p. 61.

8. *Ibidem*, pp. 62, 65, 67.

9. *Ibidem*, p. 66.

él”. Con “una especie de rigor luciferino” levantó un muro entre la Iglesia de su infancia y la que él mismo quiso “construir”.¹⁰ El libro *Calvin tel qu’il fut* (1955), de L. Cristiani, prologado además por Daniel-Rops, comenta sus textos elegidos de Calvino en la misma perspectiva, como no podía menos de suceder en un autor cuyas opiniones sobre los grandes testigos del siglo XVI —Erasmus, por ejemplo— están, en la mayor parte de los casos, sometidas a revisión. Señalemos, por fin, el *Calvin et Loyola*, de A. Favre-Dorsaz, obra de dura polémica, que todavía en 1951 encontraba un editor universitario.

Como única tentativa de presentar objetivamente la historia de Calvino a los católicos de lengua francesa puede señalarse el trabajo de P. Jourda en *Histoire de l’Eglise*, de Fliche y Martin.¹¹ Aunque demasiado breve para estar más ampliamente documentado y ser preciso en los detalles y demasiado de segunda mano para evitar algunos lugares comunes (Calvino “funda una Iglesia nueva”, es de un “pesimismo agrio y total que nada puede mitigar”, etcétera)¹², tiene, sin embargo, el gran mérito de tomar partido contra la polémica y las “leyes calumniosas”.¹³

En la sección de las enciclopedias hallamos triste parcialidad en las antiguas, feliz apertura en las recientes. La *Encyclopedie théologique*, de Migne (1858) se complace todavía en referir como probable “crimen de sodomía” de que algunos adversarios católicos de Calvino le han acusado calumniosamente.¹⁴ En el *Dictionnaire de théologie catholique* (1923), A. Baudrillart comienza su artículo con esas palabras: “Calvino, Juan, jefe de la secta religiosa llamada calvinista”;¹⁵ se apoya expresamente en fuentes tan poco históricas como Bossuet, Renan y Brunetière, subraya unilateralmente el “régimen inquisitorial” de Ginebra y la predestinación (a la que consagra cinco columnas); ve en la grandiosa tentativa calvinista de retorno a las fuentes de actitud de un hombre reaccionario, para terminar concluyendo: “sustituir la Iglesia del Papa por la de Calvino fue su único objetivo”.¹⁶



10. *Op. cit.*, 489.

11. T. XVI, *La crise religieuse du XVII^e siècle, Calvin et le calvinisme*, cc. 1-5.

12. *Ibidem*, pp. 214 y 241.

13. *Ibidem*, p. 171.

14. *Dictionnaire du protestantisme*, p. 411.

15. *Dict. Théol. Cath.*, II/2, p. 1377.

16. *Ibidem*, p. 1395; sobre la predestinación: pp. 1406-1412.

El excelente artículo de Y.M.J. Congar en *Catholicisme* (1949),¹⁷ de carácter eminentemente doctrinal —que completará felizmente la nota más bien histórica de E. W. Zeeden en el *Lexikon für Theologie und Kirche* (1958)¹⁸— y el de J. Witte en el *Dictionnaire de Spiritualité* (1961)¹⁹ son ciertamente los pocos escritos católicos (junto a algunos trabajos escritos en holandés y, por desgracia, no traducidos) que tienden a una entera objetividad sobre Calvino. (Observemos que en las bibliografías de estos trabajos se remite casi exclusivamente a obras protestantes). De estos artículos hemos recibido nosotros un valioso impulso para nuestros trabajos teológicos e históricos sobre el reformador francés.²⁰

Jalones de un juicio objetivo

Si se pudiese ver en estas últimas obras y artículos la expresión de la opinión general de los “católicos de hoy” sobre Calvino —lo cual actualmente no es posible, a menos de apelar a una osada anticipación—, se podría afirmar que su juicio se resume como sigue: reconocimiento de los “valores católicos” en el reformador: cristocentrismo, sentido de la Iglesia visible y de su universalidad, afirmación de la autoridad eclesiástica y del ministerio de institución divina, conciencia de los deberes misioneros y sociales del pueblo de Dios, ética evangélica claramente formulada para todos los estados de la comunidad cristiana.

Crítica persistente, pero matizada, de la doctrina —secundaria, en definitiva— de la predestinación a la condenación y de la insuficiencia teándrica del pensamiento cristológico, eclesiológico y sacramental de Calvino.

Apertura a algunos valores propios de su teología, como su sentido agudo de la trascendencia y de la Palabra de Dios, su carácter esencialmente dinámico por ser pneumático y kerigmático, el lugar que concede a los carismas y al laico, reconocido enteramente como “de la Iglesia”.



17. T. II, *Calvin*, 405-412; *Calvinisme*, 421-424.

18. T. II. *Calvin*, 887-891; *Calvinismus*, I *Geschichte*, 891-894.

19. T. IV/2, *Le Saint-Esprit dans les Eglises séparées, Doctrine et spiritualité de Calvin*, 1323-1327.

20. Cfr. *Supra*, nota 1. Además: *Calvin, théologien de l'Eglise et du ministère* (Unam Sanctam 48), París 1964; *Le jeune Calvin, gèrèse et évolution de sa vocation réformatrice* (Veröffentlichungen des Instituts für Europäische Geschichte Mainz, Abteil. Abendland. Religionsgesch. 40), Wiesbaden 1965.

La “opinión católica” sobre Calvino, podríamos decir, está aún en gestación. La multitud de obras, tan venerables como superadas, que han acumulado cuatro siglos de Contrarreforma, obstaculiza considerablemente su formación de acuerdo con las exigencias de la verdad. Actualmente, un juicio como el que hemos descrito no es pronunciado más que por algunos especialistas “avanzados”. Para que cede esta anomalía, será preciso que los artículos 4, 5, 9 y 10 del Derecho conciliar *De Oecumenismo* sean aplicados sin la menor dilatación y en todas partes; con otras palabras, será preciso que las páginas polémicas y falsas de nuestros manuales sean suprimidas y luego remplazadas y que surja una nueva generación de investigadores dotados del valor y de la libertad necesaria para estudiar las fuentes mismas del pensamiento religioso de la Reforma.